

Francisco Pozas García

Realidad Ilusión y Castigo

Drama Social

Dedicado á los obreros intelectuales y manuales

REALIDAD ILUSION Y CASTIGO

REALIDAD, ILUSIÓN Y CASTIGO

DRAMA SOCIAL

EN CINCO ACTOS Y ONCE CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO POZAS GARCIA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Gracia la noche del 2 de Febrero de 1903



BARCELONA
Establecimiento tipográfico de JOSE ORTEGA
Calle San Pablo, 96
1903

DEDICATORIA

A los obreros intelectuales y manuales del Universo

Al dedicaros hoy este mi humilde trabajo, solamente me guía el deseo de demostraros mis entusiasmos y verdadera fé por la clase á que pertenezco.

Como asimismo exponeros á vuestra consideración y sana razón, mis aspiraciones y deseos para vosotros en general y mías en particular.

Al emprender este trabajo colosal para mí, por falta de estudio como obrero que soy, lo hice inducido del mismo entusiasmo que siento por la clase que produce y no consume, sin considerar las pocas dotes de inteligencia que poseo, más la falta de costumbre en estos trabajos.

Por esta misma razón espero que tengais en cuenta que ya que no os presento y dedico una obra literaria, tal y como la merecéis, no es por falta de fé hacia vosotros sino por falta de los conocimientos necesarios para ello.

Sin embargo, recibid este humilde testimonio mío en prueba de la consideración y respeto que os profesa

El Autor

Barcelona 11 de Julio de 1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	17 años. .	*Srta. Llorente.*
DOLORCITAS . .	9 » .	*Niña Guitart.*
MATEO	30 » .	*Sr. Rojas.*
RAFAEL	34 » .	» *Olivé.*
D. AGUSTIN . . .	45 » .	» *Carnicero.*
ANSELMO	18 » .	» *Guilemany.*
D. ANDRES . . .	32 » .	» *Viñals.*
D. ANTONIO . . .	40 » .	» *Lapera.*
D. LEOPOLDO . .	52 » .	» *Villallonga.*
D. FLORENCIO . .	42 » .	» *Delhom.*
DOMINGO	50 » .	» *Marinel-lo.*
RAMON	40 » .	» *Olivé.*
D. OCTAVIO . . .	50 » .	» *Vila.*
MARIANO	28 » .	» *Rubio.*
ENRIQUE	20 » .	» *Villallonga.*
NUMERO 13 . . .	30 » .	» *Rubio.*
NUMERO 12 . . .	30 » .	» *Marinel-lo.*
ALFREDITO . . .	15 » .	» *Delhom.*
CABO DE POLICIA		» *Vila.*
CABO DE TROPA		» *Lapera.*
CAPATAZ 1.º		» *Vila.*
CAPATAZ 2.º		» *Marinel-lo.*
EL GENERAL . .	60 años. .	» *Viñals.*
CRIADO.		» *Lapera.*

Obreros.—Penados.—Guardias.—Tropa.—Convidados.

Epoca siglo pasado.
1.er acto, en una fábrica de joyería de Barcelona.
2.º » en Barcelona y Ceuta.
3.er » en Ceuta.
4.º » en Ceuta y Barcelona.
5.º » en Barcelona.

NOTAS.—Suplico á los actores den su verdadero carácter á los personages.
Derecha é izqnierda la del público.



ACTO PRIMERO

Quadro Primero

Una fábrica de joyeria y despacho. Tres partes de escena derecha, taller; parte izquierda, despacho. Taller derecha é izquierda mostradores, herramientas adecuadas al oficio; al fondo figura puerta entrada al taller. Mostrador lado derecho, primer término, protagonista y una percha. A su lado Anselmo. Lado contrario primer término, Mariano.

Despacho con mesa ministro y demas alicientes necesarios; sillón y silla delante. Puerta de entrada al foro y á los lados de la misma librería y mapa. Detrás de la puerta, pasillo.

ESCENA PRIMERA

Al levantar el telón aparece el criado de la fábrica frotándose los ojos. Luego ANSELMO, MARIANO y trabajadores.

DOMINGO. ¿Se me habrá hecho tarde? (Mirando el reloj) No! faltan veinte minutos. Ya debo abrir la puerta para que entren los trabajadores. (Retírase hácia la puerta de entrada, desaparece, suena la campana. Momento de espera. Vuelve á escena.) Ya pueden entrar. Lo que es hoy el amo no se dará el gusto de reñirme como lo hace por costumbre todos los días. (Pausa. Pensativo.) La verdad es que no sé lo que le pasa á ese hombre. Siempre está que el demonio se lo lleva! y por nada se pone hecho una fiera sin haber motivo que lo justifique. (Vuélvese al sentir pasos. Aparece Mariano, dirigiéndose á Domingo.)

MARIANO. ¿Se ha levantado ya don Agustin?

DOMINGO. (Con aspereza.) No lo sé. (Retírase Mariano haciendo demostraciones. Siguen entrando trabajadores y Anselmo el último.)

ANSELMO. (Entrando.) Buenos dias, señor Domingo.

DOMINGO. Buenos los tengas dormilon. No sé cómo te las

apañas, que siempre eres el último para entrar; pero en cambio eres el primero para salir.

ANSELMO. (Recalcando la palabra.) No haga usted caso. Es costumbre mía. Me gusta entrar el último y salir el primero, porque no tengo necesidad de estar solo dentro del taller. (Dirigiéndose á Mariano.) ¡Como algunos! (Mirando el sitio de Mateo.) Pero por lo que veo, hoy no seré el último en entrar; pues falta Mateo.

DOMINGO. (Mirando el sitio de Mateo.) Ya veo que no ha venido todavía... por lo cual estoy con cuidado; pues ya sabes que es la misma puntualidad.

ANSELMO. ¿Estará peor su madre? (Se oyen pasos. Volviéndose.) Pero ahí le tiene usted. Mire qué triste y qué pensativo viene.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y MATEO.

MATEO. (Con tristeza.) Salud, amigos y compañeros.

ANSELMO. De usted estábamos hablando, pues al ver su tardanza decíamos que su madre estaría peor.

MATEO. (Con pesar.) Efectivamente, por mi desgracia así es! Esta es la causa de mi tardanza; pues antes de venir he tenido que arreglar algunas cosas para ella.

DOMINGO. (Pobre muchacho!) (A él.) Tú te estás matando. Eso no es posible que puedas resistirlo tanto tiempo. Concluirás por caer tú tambien enfermo.

MATEO. Pero ¿qué quiere usted que yo haga señor Domingo? Si es mi deber.

ANSELMO. Oiga usted, Mateo. ¿Porqué no la lleva al Hospital, donde dicen que las asisten tan bien, y...

MATEO. (Sin dejar concluir y con calor.) Anselmo! y tú me dices eso? Tú que tienes madre y dices que tanto la quieres, me aconsejas que lleve la mía al Hospital? Vamos, que te estoy escuchando y no lo creo! Dime: ¿tú llevarías á tu madre? ¿Callas? Contesta hombre, contéstame á lo que te pregunto.

ANSELMO. (Caviloso.) Hombre... yo...

MATEO. (Con entusiasmo.) ¡No! ¡Tú no la llevarías! Y mucho menos, si supieras como yo, por experiencia, lo que en esos hospitales pasa. (Pausa.) En esos sitios se dejan morir á las personas, peor, ¡mucho peor que á los perros!... En los

hospitales no pidas consuelo ni cuidados á nadie, que no los encontrarás, si no te ven en las manos el vil metal... y... por último, fuera de las horas de reglamento, que es cuando está la visita del primer médico de sala, lo restante del día y de la noche no pidas nada, que no te atenderán y te dejarán morir sin el menor escrúpulo como cosa inservible y desechada de la sociedad! (Pausa.) ¿Sabes lo único que se hace en esos sitios? (Anselmo hace signos de que no.) Pues unos enfermos á otros, ayudarse mutuamente, hasta que llega la hora de la muerte. (Pausa.) Entonces sí que acuden á porfía enfermeros ó enfermeras sin llamarlos nadie. ¿Sabes para qué? (Anselmo vuelve á hacer signos negativos.) Pues para registrarte la cama y tu persona, para ver si tienes algún dinero que la familia ó amigos te hayan dejado. Después de esta operación de despojo, te envuelven en una sábana, te cogen el uno por los pies y el otro por la cabeza... y ¡andando! ¡Al depósito con el difunto, maldiciéndole si no tenía nada, y satisfechos si algo habían arrapado! (Pausa.) Ahí tienes lo que son los hospitales para los pobres. Dime tú ahora: ¿llevarías á tu madre, á la que tanto quieres, á ese sitio? ¡Dí!

ANSELMO. (Resuelto.) ¡No! Antes no sé lo que haría!

MATEO. Pues bien. Si tienes mi aprecio en algo, no vuelvas en tu vida á hacerme tal proposición.

DOMINGO. Si Anselmo te ha dicho eso, es porque ve tus padecimientos, pero sin querer ofenderte en lo más mínimo. (Pausa.) (Caviloso.) Yo mismo, por esta razón, no sé qué decirte ni aconsejarte; la verdad.

ANSELMO. Sí; por esto mismo le he hecho á V. la proposición esa. Además, estaba en la creencia que las hermanas de los pobres daban consuelos y cuidados á los enfermos en los hospitales.

MATEO. (Con desden.) ¡Las hermanas! ¡Consuelos!... Lo único que dan, cuando se te acercan—que son contadas veces—es fastidio y desesperación; pero consuelos y cuidados... no los esperes. Pero en fin. Yo cumplo mi deber de hijo y hombre honrado, no permitiendo que vaya mi madre á parar á tal sitio, mientras yo viva y tenga alientos para trabajar. Por lo tanto, dejemos de hablar y acudamos al trabajo. (Se retiran cada cual á su puesto y se ponen á trabajar. Mateo se quita la americana y la cuelga en la percha; se pone la blusa que estará colgada en dicho sitio al levantarse el telón.)

ESCENA TERCERA

Los mismos menos DOMINGO. RAMON, encargado de la fábrica.

RAMÓN. Mateo; el trabajo para el pedido número cuarenta y dos, ¿cómo se encuentra?

MATEO. Concluyéndose está. A la tarde lo entregaré.

RAMÓN. Bien. Pero que no falte; pues el amo ya me ha preguntado ayer varias veces por ese trabajo, y al decirle que lo tenía usted, me dijo que lo obligara á velar. Pues él no tenía que ver nada de lo que le pueda suceder á su madre, y si no estaba usted conforme en hacerlo así, que lo diga, que trabajadores hay de sobra.

MATEO. (Con dolor.) ¡Miserable! ¡Así paga mis servicios y desvelos! ¡Con esa ingratitud!

RAMÓN. La verdad es qùe no llego á comprender lo que sucede entre usted y don Agustín, pero no tengo duda de que debe haber algo, y grave.

MATEO. ¡Y tan grave como es; pero no cedo!

RAMON. (Con aprecio.) Usted sabrá lo que se hace; pero no se descuide en nada, porque á la menor falta le echará á la calle; esto se lo digo porque le aprecio en lo que se merece.

MATEO. Ya procuraré no dilinquir en nada, para no darle gusto á su deseo.

RAMON. ¿Y su madre, cómo sigue?

MATEO. (Con pesar.) ¡Peor! ¡Anoche tuvo una recaída y no sé lo que ocurrirá! El doctor no da confianzas, si no la mudo de clima donde aspire aires más puros que los de la capital. (Con sentimiento.) Y eso, por mi desgracia no me es posible, por falta de recursos. (Queda pensativo.)

RAMON. (Aparte.) ¡Pobre hombre! ¡Y no poder uno!...

MATEO. (Con desesperación.) ¡Esto es horrible é infame: ver morir uno á la madre querida y no poder evitarlo por falta del vil metal llamado dinero! (Cùbrese la cara con ambas manos.)

RAMON. ¡Calma, Mateo, calma! Ya veremos lo que se arregla para que su madre pueda ir á aspirar otros aires. (Volviéndose rápidamente.) ¡El amo! (Se retira con precipitación á su sitio. Mateo; enjugándose las lágrimas se pone á trabajar.)

ESCENA CUARTA

Los mismos; Don AGUSTIN, que se presenta en el taller.

AGUSTIN. (Llamando.) ¡Domingo! ¡Domingo!

DOMINGO. (Presentándose.) ¿Qué desea usted, don Agustin?

AGUSTIN. ¿Llevaste ayer la carta donde te dije?

DOMINGO. Sí señor·

AGUSTIN. ¿Qué te contestó?

DOMINGO. Que sería usted servido en lo que desea y que hoy por la mañana, á la hora que usted le cita, comparecerá.

AGUSTIN. Bien; cuando venga ese señor lo pasas á mi despacho. Puedes retirarte. (Vuélvele la espalda, llamando.) ¡Ramón! ¡Ramón!

RAMON. (Presentándose.)¿Llamaba usted, don Agustín?

AGUSTIN. Sí señor. Pase usted conmigo al despacho.

RAMON. (¿Qué querrá tan de mañana?) (Retírase. Momento de espera.)

MARIANO. (A Mateo, en son de mofa.) Mateo, parece que la cosa se va poniendo de mal color para tí.

MATEO. (Con desprecio.) ¿Y qué? Si á mí se me pone de mal color como dices, puedes alegrarte tú que se te pone de bueno. (Vuélvele la espalda.)

MARIANO. (Con más sorna.) Pues chico, por lo que veo, voy á tener que echar un memorial para hablarte.

MATEO. (Sin volverse.) Mariano, déjame trabajar en paz y cumplir mi obligación. Haz tú lo mismo y hemos concluido.

ANSELMO. (Interviniendo.) No haga usted caso, Mateo; á malos compañeros como ese, lo mejor es despreciarlos. (Señalando á Mariano. Anselmo y Mariano se hacen ciertas demostraciones.)

ESCENA QUINTA

Don AGUSTIN y RAMON, en el despacho; los demás, trabajando.

AGUSTIN. (Señalando una silla.) Siéntese usted, Ramón. (Pausa mientras se sienta.) ¿Le ha dicho usted á Mateo lo que le dige?

RAMON. Sí señor.

AGUSTIN. ¿Qué le contestó?

RAMON. Que esta tarde acabaría el trabajo.

AGUSTIN. ¿Y sobre lo otro?

RAMON. Solamente me dijo que ha procurado y procurará cumplir lo mejor posible su deber y obligación, y en verdad que así lo hace.

AGUSTIN. Parece, por esas palabras que acaba usted de decir, que quiera defenderlo

RAMON. No necesito defenderlo de nada. Es que todos admiramos su comportamiento tanto aquí como en su casa. Además, su inteligencia en el trabajo...

AGUSTIN. ¡Bueno, bueno! (Disimulando.) Que concluya pronto ese trabajo y veremos si es que yo me equivoco en pensar de diferente modo que usted sobre ese sugeto. Puede retirarse. (Vase Ramón.)

ESCENA SEXTA

Don AGUSTIN, en el despacho; los demás lo mismo que en la escena anterior; luego MATEO y DOMINGO.

AGUSTIN. (Pensativo.) ¡Pues señor, todo parece que protege á ese hombre en contra mía! Por más que busco ocasión ó motivo justificado, ó que lo aparente, para echarlo de mi casa, no lo encuentro. (Reflexionando.) Y si lo despido sin motivo, alguno protestará él y los demás trabajadores le acompañarán en sus protestas, y entonces podría él, enfurecido, descubrir el por qué lo he echado de mi casa. ¡No, no! Esto no me conviene. Será preciso hacer lo que tengo pensado, y de esta forma me libraré de él por bastante tiempo... mientras tanto podré conseguir lo que deseo. (Reflexionando.) ¡No quisiera llegar á ese extremo! Y debo tener una entrevista con él antes de decidirme á hacer lo que tengo premeditado, y veremos si le puedo convencer... Sí... esto debo hacer. (Toca el timbre y se presenta Domingo.) Vé al taller y le dices á Mateo que deseo hablarle; que pase al momento. (Vase Domingo.) Veremos si es posible el convencerlo y llegamos á un acuerdo antes de dar el paso que me propongo. (Entra domingo en el taller, se acerca á Mateo y aparenta hablar un momento. Este deja el trabajo y sigue á Domingo al despacho.) Por más que lo creo imposible; pues es terco como un demonio, y además, la escena última que tuvimos fué demasiado fuerte. Pero, en fin, lo probaremos todo antes, y si no lo convenzo y desiste de su empeño... ¡Desgraciado de él!

MATEO. (Presentandose.) ¿Da su permiso?

AGUSTIN. Adelante. (A Domingo.) Puedes retirarte á tu puesto. (Vase Domingo.) (A Mateo.) Le habrá á usextrañado mi llamamiento después de lo ocurrido entre nosotros...

MATEO. Francamente, si he de decir la verdad, no deja de extrañarme esta entrevista. Pero usted dirá lo que se le ofrece.

AGUSTIN. (Se dirige á la puerta y mira si hay alguno escuchando y vuelve al lado de Mateo, que irá mirando la operación.) Pues bien: le he mandado llamar á usted, para saber con claridad si está dispuesto á seguir adelante nuestra lucha, y saber la razón ó motivo que le induce á declararse defensor de María, sin tener derecho ni obligación para ello.

MATEO. (Con calor.) ¿Y usted me hace esa pregunta? ¡Vamos que parece increible tanto cinismo! ¿Y me dice usted que no tengo derecho ni obligación para declararme defensor de María? ¡O está usted loco ó no sabe de derechos y obligaciones absolutamente nada!

AGUSTIN, Al menos que yo ignore...

MATEO. Nada de lo que usted quiere suponer existe.

AGUSTIN. Entonces no comprendo el por qué ese deseo de interponerse en mi camino y desbaratar todos mis planes.

MATEO. Me ha hablado usted de derechos y obligaciones, y me creo en el deber de contestarle. ¿Derechos? Todo hombre tiene para interponerse entre el verdugo y la victima, impidiendo el sacrificio ó la maldad. ¿Obligaciones? ¡Las tiene todo aquel que se precie de sustentar ideas nobles y elevadas, de defender á la inocencia de las garras de un alma ruin y míserable que quiere hacerla servir de juguete á sus caprichos asquerosos y repugnantes!

AGUSTIN. Déjese de esas tonterías, y le aconsejo que no se meta en mis asuntos ni en los de María; que esto ni le perjudica á usted ni debe importarle.

MATEO. (Con arrogancia.) ¡Jamás! La he defendido de sus asechanzas hasta ahora y la seguiré defendiendo hasta el fin.

AGUSTIN. (Conteniéndose.) ¡Mateo, mire bien lo que dice y no provoque mi furor, que pudiera pesarle algún día! Créame y deje usted el papel de Quijote, que ningún beneficio ha de reportarle.

MATEO. (Con calor.) ¡La satisfacción de mi conciencia!...

AGUSTIN. ¿Luego está usted decidido á seguir en su empeño?

MATEO. (Con decisión.) ¡Sí! he dicho que la defenderé y cumpliré mi palabra.

AGUSTIN. ¡Desgraciado! ¿A usted qué le importa de María?... ¿Es de su familia, es su hija? (Mateo hace signos negativos.) ¡No! Nada de esto sucede... Pues entonces, ¿por qué? ¿Es que quiere la

guerra conmigo? (Con fiereza.) ¿La quiere? ¿Ese es su deseo?... Pues bien, la tendrá; yo se lo aseguro. Y ¡ay de usted! ¡Infeliz! ¡No sabe usted con quién se ha propuesto guerrear! (Amenazando.) Veremos quién sale victorioso en la campaña emprendida.

MATEO. (Con arrogancia.) ¡Lo veremos!

AGUSTIN. ¡Mire...

MATEO. Ni tengo más que escucharle, ni tengo más que decirle. (Vase.)

AGUSTIN. (Solo.) Es preciso acabar de una vez con ese hombre que me estorba, y esta es la ocasión (Toca el timbre y aparece Domingo.) Dí á María que venga al momento. (Vase Domingo. Siéntase en el sillón, pensativo, largo rato. Entra Mateo en el taller y se pone á trabajar.) ¡Esto no es posible que pase más adelante! (Llaman á la puerta del despacho y procura serenarse.)

ESCENA SÉPTIMA

Don AGUSTIN y MARIA. En el taller los mismos que en la escena anterior.

AGUSTIN. (Tranquilo.) Adelante quien sea.

MARIA. (Entrando.) ¿Da usted su permiso?

AGUSTIN. Adelante, hija mía, adelante.

MARIA. (Con candidez.) Me ha dicho el señor Domingo que deseaba usted hablarme y que pasase á su despacho.

AGUSTIN. Sí, hija mía, sí; te he mandado llamar para enterarme de la salud de tu madre; pues ya sabes que me inspiráis un profundo interés... tanto es así, que no quiero que padezcáis necesidad alguna, por lo cual... (Abre un cajón y le entrega un billete de Banco.) toma; para los primeros gastos que se originen, y á la noche yo iré á visitar á tu madre en compañía del médico de casa y veremos á la enferma.

MARIA (Cogiendo el billete, con muestras de agradecimiento.) ¡Gracias, gracias, don Agustín! ¡Cuánta bondad con nosotras! ¡No sé cómo agradecérselo á usted en nombre de mi madre y el mío!... ¡Que contenta se va á poner cuando se lo diga!... (Quédase pensativa mirando el billete.) Pero...

AGUSTIN. (Notando su turbación.) ¿Qué te pasa?

MARIA. (Titubeando.) ¡Nada, nada! (Con resolución.) Que no sé si debo tomar esto. (Mirando el billete con candidez.) ¡Como no lo he ganado!

AGUSTIN. No importa; te lo regalo yo para que compres

lo que necesite tu madre. (Con picardia y fingimiento.) Además, que esto lo hago en prueba de tu comportamiento en la casa, y de parte de mi señora, que está enterada por Mateo de lo que os sucede y quiere aliviaros en vuestra desgracia.

MARIA. (Dudando.) ¿Su señora de usted es quien... (Señalando el billete.) ha mandado que me dé esto?

AGUSTIN. (Con perfidia.) Sí, y si no lo quieres tomar como regalo, ya me lo iré cobrando semanalmente, cuando tu madre esté completamente restablecida de su dolencia... (María duda.) ¡Tómalo y no seas niña! Lo primero es salvar á tu madre; que luego, ya tendremos tiempo de cobrar esto.

MARIA. (Convencida.) Siendo así, lo tomo; pero se lo diré á mi madre, y si ella quiere, nos quedaremos con ello, y sinó, se lo devolveré á usted.

AGUSTIN. Bien. hija mía, lo que tú quieras.

DOMINGO. (Entrando de improviso.) Don Agustín...

AGUSTIN. ¿Quién te ha mandado entrar sin llamarte? ¡Zopenco!

DOMINGO. (Con humildad.) Usted me dijo que cuando viniese ese caballero, que le avisase, y así lo he hecho.

AGUSTIN. (Recordando.) ¡Ah! sí. Dile que pase. (Dirigiéndose á María.) Retírate, y hasta la noche, que iremos el doctor y yo á tu casa. (Retirase María. Quédase solo don Agustín, frotándose las manos con alegria.) Cayó en la ratonera, por fin, por más que me ha costado el convencerla. Ahora, preparémonos para el otro.

ESCENA OCTAVA

Don AGUSTIN y don ANTONIO.

ANTONIO. ¿Da usted su permiso!

AGUSTIN. (Con amabilidad.) Pase uste, amigo mío. Tome asiento y dispense el que le haya hecho esperar un poco.

ANTONIO. (Con énfasis.) Es lo mismo. Por eso no pase usted cuidado alguno. Estoy aclimatado ya á hacer antesalas más largas que esta.

AGUSTIN. (Ofreciéndole un cigarro puro.) Tome usted y encendamos, porque tengo que contarle cosas bastante graves que suceden en mi casa, para lo cual le he mandado á usted venir.

ANTONIO. Como usted guste. (Encendiendo.) Cuando le pa-

rezca bien, puede decirme lo que sucede en su casa, y sabremos en qué puedo servirle.

AGUSTIN. El caso es el siguiente: Hace bastante tiempo que vengo observando la falta de cierta clase de materiales delicados, los cuales valen mucho dinero. Esto, como comprenderá usted, no es posible que siga por más tiempo, y por este motivo le he mandado venir, para ver qué acordamos en este caso.

ANTONIO. ¿Usted no sospecha de alguno que?...

AGUSTIN. De todos y de nadie; pero siempre he procurado fijarme en aquellos que tocan dichos objetos... (Pensativo.) y nada; no lo puedo pillar infraganti al que sea, porque el robo existe; no me cabe duda alguna.

ANTONIO. (Pensando.) De lo que usted me dice saco en consecuencia, que el que comete el delito debe ser ducho y estar acostumbrado á esta clase de manejos... Así es que no hay más remedio, para pillarle, que acudir al último extremo. (Como hablando consigo mismo.) ¡Sí, esto es, no hay otro camino!

AGUSTIN. ¡Qué! ¿ha dado usted con alguna idea en que se le pueda... pillar?

ANTONIO. Sí señor.

AGUSTIN. ¿Se puede saber? (Con afán.)

ANTONIO. ¿Por qué no? Hacer un registro á todos los trabajadores de su casa, á la hora de salir á comer, y de esta forma...

AGUSTIN. Eso mismo había yo pensado también; pues es la forma más fácil de cojerle.

ANTONIO. (Levantándose.) En este caso, con su permiso me retiro para arreglarlo todo para el medio día. Procure tenerme un sitio apropósito para escondernos los guardias y yo, hasta el momento oportuno de salir.

AGUSTIN. (Con complacencia.) Aquí mismo. Es el sitio más adecuado de la casa; pues por ese pasillo, (Señalando.) á la derecha, se va al taller.

ANTONIO. Pues entonces voy á buscar á mi gente, y hasta luego. (Se dan las manos y se retira.)

AGUSTIN. Vaya usted con Dios. (Solo, tembloroso.) Ya lo tengo todo arreglado según mis deseos. Sólo falta lo mío... ¿Tendré valor para hacerlo como lo he tenido para premeditarlo?... ¡No lo sé! (Animándose á sí mismo.) ¿Por qué dudar? ¿Por qué este sobresalto que experimento en este momento?... ¿Es acaso que me va á faltar el valor en este solemne instante en que más lo

necesito? (Con furia.) ¡No, no!... ¡Eso nunca!... ¡Además! ¿no es él mismo el que me obliga á acudir á tal extremo? ¿Le he buscado yo acaso? ¿Le he mandado que se interponga en mi camino? ¡No!... Pues entonces, ¿por qué dudar?... (Pensativo.) ¡Todo lo tengo arreglado y á punto... y es preciso concluir con ese hombre que me impide conseguir lo que tanto deseo! (Con delirio, recordando.) ¡Qué hermosa estaba cuando rechazaba mis ofertas! Sólo el pensar que esta noche puedo ser dueño de ese tesoro tan codiciado por mí, me hace perder el juicio la misma alegría que experimento. ¿Y lo había yo de perder por falta de valor? ¡No, no! ¡Antes que perderla, haré desaparecer todos los obstáculos que impiden que María sea mía! No dudo ya; es preciso, es necesario que Mateo me deje el campo libre. Debo anularlo por bastante tiempo, y esta es la ocasión. (En este momento suena la campana en señal de almorzar. Salen todos los trabajadores, dejando completamente solo el taller.) ¡La campana! (Con espanto.) ¡Este es el momento que debo aprovechar! (Pásase las manos por la frente. Con resolución.) He dicho que ha de ser mía... y lo será! (Dirigiéndose á la mesa, abre un cajón y saca un paquetito, apretándolo.) Esta es mi salvación y mi arma de combate para vencer á ese hombre. ¡Serenidad! (Sale y á poco entra en el taller, mirando á todas partes, con temor de ser sorprendido.) ¡No hay nadie! ¡Esta es la ocasión! ¡Valor! (Dirígese al sitio de Mateo y parándose de repente.) Estoy sudando y me faltan fuerzas para llegar. (En este momento asómase Domingo y ve á su amo, y se esconde por la derecha.) (Recordando.) ¿Pero qué estoy haciendo? ¡Estoy perdiendo un tiempo precioso! (Resuelto.) ¡Abreviemos! (Dirígese á la americana de Mateo y mete el paquete en un bolsillo interior.) ¡Ah!... (Faltándole aliento.) ¡Ya está! (Huye.)

DOMINGO. (Presentándose.) ¿Por qué huye de esa manera? ¡Pues yo le sigo á ver á dónde va! (Sale detrás de don Agustín.)

MUTACIÓN

Cuadro Segundo

Patio de la fábrica. A la derecha puerta de donde sacan banquetas para sentarse.

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda trabajadores almorzando; se sientan en el suelo sin perjudicar la escena, menos ANSELMO, MATEO y MARIANO, que se sentarán en banquetas. Entran MATEO y ANSELMO; dirigiéndose á la puerta, de la cual saca ANSELMO dos banquetas. MATEO, triste, sin ganas de comer.

ANSELMO. (Animándole.) Venga, Mateo. ¿Qué hace usted que no almuerza?

MATEO. (Con desaliento.) ¡No lo sé! No tengo gana. (Intenta comer y tiene que dejarlo de pronto. Pásase la mano por la frente.) ¡No sé lo que pasa hoy por mí! ¡Siento una cosa en la garganta que me ahoga! ¡Y cierta zosobra que no sé explicarme lo que es!

ANSELMO. ¿Déjese usted de martirizarse de esa manera y almuerce!

MATEO. ¡Bien quisiera complacerte, amigo mío, pero no puedo! ¡Mi desasociego é intranquilidad me presagian una desgracia... y por este motivo sufro!... ¡Esto que me sucede hoy, me sucedió lo mismo hace siete años, y perdí á mi padre! ¡Lo mismo me volvió á ocurrir hace cuatro, y caí herido y prisionero en Cuba!... y ahora ¿qué será? (Pensativo.) ¿Mi madre? (Con desaliento.) ¡Oh! ¡qué desgraciado soy! (Mesándose los cabellos.)

ANSELMO. Pero Mateo, usted se volverá loco sino desecha de sí esos pensamientos. (Acuden varios obreros.) Tenga confianza y no se desespere de esa forma.

MATEO. (Serenándose avergonzado. A todos.) ¡Gracias, compañeros, gracias! (En este momento cruza Mariano, dirígese á la puerta saca una banqueta y se acerca al grupo de Mateo.)

ESCENA SEGUNDA

Dichos y MARIANO.

MARIANO. ¿Puedo sentarme en la reunión?

MATEO. Por mi parte siéntate donde gustes.

MARIANO. (Casi desafiando.) ¡Hombre como parece que no te sea muy simpático, la verdad: no me atrevía á sentarme por si te estorbaba.

MATEO. En la reunión donde yo estoy, nadie estorba. (Con entusiasmo.) por más que vengan á enterarse de lo que hablo, para luego contárselo á los amos. ¿Pero á mí qué? Si lo que digo aquí ó en otra parte, lo digo siempre para que lo sepan; por esta razón ni tú ni nadie puede estorbarme, ¿lo sabes?

MARIANO. (Con ira.) Parece, por las palabras que acabas de decir, que yo sea un espía tuyo. ¿No es eso lo que has querido explicar?

MATEO. (Con calor.) Tú lo dices y tu comportamiento lo prueba.

MARIANO. (Conteniéndose.) ¿No podría ser lo contrario y equivocarte?

MATEO. Eso quisiera, equivocarme; pero por desgracia creo que no me equivoco.

MARIANO. Pues sí que te equivocas. Tanto es así, que en el taller no hay otro que te aprecie tanto como te aprecio yo.

MATEO. (Con ironía.) Gracias por lo del aprecio. Pero...

MARIANO. Dudas de mis palabras ¿Verdad?

MATEO. (Resuelto.) Francamente. sí que dudo.

MARIANO. Eso te lo hace ver la aberración de tu modo de pensar, y te sucede, que como sabes que no profeso tus ideas, porque no me gustan, me crees traidor y mal compañero.

MATEO. (Con entusiasmo.) Que pienses como quieras, esto á mí no me importa. Cada cual es dueño de tener el modo de pensar que crea por conveniente, y por esto no te diría nada; pues sé respetar las ideas de los demás, porque quiero que se respeten las que yo profeso!

MARIANO. Entonces ¿por que?

MATEO. Por tu comportamiento en esta casa y tu historia antigua.

MARIANO. (Con tono de desafío.) ¡Esas son falsedades y malevolencias que tengo.

MATEO. ¡Historia, Mariano, historia! Y lo peor es que no cambias ni te convences de que no ganas nada con obrar así.

MARIANO. (Levantándose.) Eso que tú dices es mentira y haré que te desdigas de esas palabras. (Abalánzase sobre Mateo y se interponen entre ellos los demás obreros. Anselmo agarra una banqueta, dispuesto á pegar á Mariano y se interpone Mateo.)

MATEO. (A Anselmo.) Deja al momento esa banqueta en tierra, Anselmo, que no merece que te ensu-

cies las manos en él! (Vuélvese á Mariano,) Si merecieses que te se contestase como se contesta á los hombres, ahora mismo tendrías la contestación; pero como no la mereces, solamente te desprecio. Tu proceder es lo mismo que tu pensamiento. ¡La maldad! ¡Siempre la maldad! (Con desprecio.) Por culpa tuya y otros que piensan igualmente que tú; estamos sufriendo los demás obreros honrados é inteligentes la pena del Talión, porque á todos nos toman por lo mismo y nos dan el mismo pago.

MARIANO. (Con ira reconcentrada.) A cada uno le dan lo que se merece por sus servicios.

ANSELMO. (Sin poder contenerse.) Por eso á tí te dan el jornal: por servir de perro á don Agustín y hacer mil bajezas, que al que se precie de hombre no le está bien el hacerlas; y por último, haciendo mal á tus compañeros, te quedas todos los días una hora más, para hacer merecimientos, ¿verdad? Pues has de saber, si es que lo ignoras, que el hombre que sabe su obligación y cumple con su deber, no tiene necesidad de hacer esos papeles, sino cumplir con su trabajo y ser honrado... Pero como tú no lo sabes, te vales de estos medios rastreros, para medrar y sostenerte... pero ten en cuenta, que á la calle te arrojarán cuando se cansen de tí ó no te necesiten para espía.

MARIANO. (Con coraje.) Tú sí que irás á la calle y los que piensen como tú, que sois unos revolucionarios ó locos, que queréis obligar á todos á que lo seamos.

MATEO. (Dirigiéndose á Anselmo.) Déjale estar á ese necio y no le contestes. ¡El qué sabe!

MARIANO. Más que vosotros; ó al menos no me salgo de lo que me enseñaron mis padres.

MATEO. Por eso te explicas como lo haces.

MARIANO. Porque tengo más fé que vosotros y soy agradecido del que me da el pan. ¡Pero es porque profeso otras ideas más santas y buenas que las vuestras! (Anselmo hace ademanes.)

MATEO. (Con entusiasmo.) ¿Tú qué sabes de la trascendencia de nuestras ideas si son buenas ó son malas? ¡Insultador! ¿Acaso sabes apreciar en su justo valor las tuyas que dices que profesas? Cuando las sepas, entonces podrás comprender algo de las trascendencias de las nuestras, y verás como entonces obras de otro modo ccn tus compañeros. (Suena la campana para volver al trabajo; salen todos. Domingo recoge banquetas, y al retirarse levántase telón.)

MUTACIÓN

Cuadro Tercero

La misma decoración del primer cuadro.

ESCENA PRIMERA

Entran los trabajadores en el taller, colocándose en sus setios como anteriormente. Al mismo tiempo don AGUSTIN entra en el despacho, pálido é intranquilo; se dirige á la mesa, dejándose caer en el sillón. Luego ALFREDITO.

AGUSTIN. ¡Qué intranquilidad estoy sufriendo! ¡El mundo parece que descanse sobre mi cabeza para mi tormento! (Con las manos en la frente.) ¡Qué largas son las horas cuando uno quiere que pasen pronto! (En este momento se le cae á Mateo una herramienta en el suelo haciendo ruido. Don Agustín se levanta con sobresalto.) ¡Eh! ¿qué... qué es eso? ¿Quién anda por aquí? No es nada. (Tranquilizándose.) Soy yo mismo que me tengo miedo. (Cae en el sillón.) ¡Es mi conciencia que me acusa de lo que voy á cometer con ese hombre? (Se levanta y aparta de la mesa como arrepentido.) ¡Si yo pudiera volverme atrás! ¡Pero cómo hacerlo si ya están en el taller! Además, don Antonio llegará de un momento á otro con los guardias, dispuesto á llevar á cabo su cometido. ¡No; ya no es posible volverse atrás! ¡Es preciso llegar al fin! (Pensando, con alegría.) Esta noche por fin, conseguiré lo que tanto me ha costado, mientras que á ese pobre diablo no le dará el aire libre en bastante tiempo. ¡Yo se lo aseguro! (Con lástima y desprecio.) ¡Pobre infeliz! ¡Meterse conmigo y quererme vencer!...

ALFREDITO. (Entrando de repente.) Buenos días papá. ¿Estás recitando alguna novela de memoria? (Volviéndose de espaldas.)

AGUSTIN. (Con sobresalto.) ¿Qué dices, insolente?

ALFREDITO. (Aparte.) (¡Malo, malo! Para lo que vengo, esto no me conviene.) (A don Agustín.) Como hablabas tan alto... por eso te dije esa broma, pero no creí...

AGUSTIN. (Agarrándole la mano con fuerza.) ¿Has oído algo? ¿Dí, qué has oído?

ALFREDITO. (Con extrañeza.) ¡Nada, nada! Pero ¿qué te pasa, que me miras de ese modo?

AGUSTIN. (Soltándole y aparte.) (¡Qué imbécil! ¡Yo mismo me voy á descubrir! Disimulemos.) ¿A qué has venido? ¿Qué quieres? ¡Pronto!

ALFREDITO. Yo venía... Pero no creía encontrarte de tan mal humor.

AGUSTIN. Acaba y dí de una vez lo que quíeres.

ALFREDITO. Es que unos amigos míos van á las carreras esta tarde y yo quisiera acompañarlos...

AGUSTIN. (Con aspereza.) ¡Pues vete! ¿Quién te lo impide?

ALFREDITO. Es que no tengo...

AGUSTIN. ¡Ah! ¡ya caigo en la cuenta! Es que vienes por dinero ¿no es eso?

ALFREDITO. Sí, papá.

AGUSTIN. ¿Es que ya te has gastado las mil pesetas que te entregué hace diez días?

ALFREDITO. Yo te diré...

AGUSTIN. (Sin dejarle concluir.) ¡Usted no me dirá nada!... ¡Usted lo que hace es gastar mucho dinero! ¡Como no sabe lo que cuesta el ganarlo!... (Tomando un billete del cajón.) Tenga usted, caballerito, y procure tardar mucho en venir á hacerme más peticiones.

ALFREDITO. (Cogiendo el billete.) ¡Qué bueno eres, papá! ¡Cuánto te quie...

AGUSTIN. (Interrumpiéndole.) El bueno es el billete que le entrego á usted, y á ese es al que le hace las caricias... Retírese, que tengo mucho que hacer hoy.

ALFREDITO. ¡Adiós, papá! (Aparte.) (¡Qué día vamos á pasar hoy con este dinero.) (Váse.)

AGUSTIN. Este chiquillo, al paso que va, me costará un capital. ¿Pero qué se vá á hacer? Lo principal es que no quede mal entre los amigos de la buena sociedad que se rodea. (Pónese caviloso é impaciente.) ¡Mucho tarda don Antonio! (Mirando al reloj.) ¡Las once y media, y á las doce se van á comer! (Empieza á pasearse de un lado para otro; de pronto se para caviloso.) ¡Pero cuánto tarda ese don Antonio! ¿No vendrá?

DOMINGO. (Presentandose en la puerta.) ¿Se puede?

AGUSTIN. ¿Qué hay? (Volviéndose.)

DOMINGO. Ahí está ese señor de antes y cuatro guardias. Esperan su permiso para...

AGUSTIN. Diles que pasen.

DOMINGO. (Aparte.) (¿A qué vendrán esos pájaros de mal agüero?

AGUSTIN. (Fijándose.) ¿Qué haces ahí todavía?

DOMINGO. ¡Nada! ¡nada! (*Vase.*)
AGUSTIN. ¡Ha llegado el momento!

ESCENA SEGUNDA

Don AGUSTIN, don ANTONIO y los guardias. Después RAMON y MATEO en el taller.

ANTONIO. Con su permiso.
AGUSTIN. Adelante, señores. Pasen ustedes. (*A Domingo.*) Tú, vete, y aquí que no se acerque nadie. (*Sale Domingo.*)
ANTONIO. (*A los guardias.*) Colocaos aquí. (*Dirigiéndose á don Agustín.*)
AGUSTIN. (*Con amabilidad.*) Creí que no vendrían ustedes ya.
ANTONIO. ¡No faltaba más. No lo hemos hecho antes, por creerlo así más oportuno y no molestarle, pero aquí nos tiene usded á sus órdenes.
AGUSTIN. (*Mirando otra vez el reloj.*) Faltan diez minutos. Saldremos y nos colocaremos detrás de la puerta, y cuando lo creamos oportuno saldremos de improviso. ¿Qué le parece!
ANTONIO. Lo que usted mande se hará.
AGUSTIN. (*Aparte.*) ¡Valor y serenidad, Agustín! ¡Este es tu triunfo! (*Dirigiéndose á don Antonio y los guardias, que salen detrás de él.*) ¿Vamos?...
RAMON. ¿Cómo tiene ese trabajo? ¿Lo concluirá esta tarde?
MATEO. (*Volviéndose.*) Sí Señor.
RAMON. Bueno. Al menos no se saldrá por esta vez con la suya ese hombre fatal. Hasta luego. (*Se retira hacia el fondo. Suena la campana; todos dejan su trabajo, algunos se quitan la blusa y se ponen las americanas, entre ellos Mateo, que no nota nada de particular en la suya. Van reuniéndose en el centro de la escena. Anselmo se colocará al lado de Mateo al echar á andar para salir.*)

ESCENA ULTIMA

Don ANTONIO y los guardias se presentan en el taller en el momento de salir los obreros; don AGUSTIN detrás, escondiéndose. MATEO, ANSELMO, MARIANO y trabajadores.

ANTONIO. (*Con el bastón de mando en la mano.*) ¡Alto! ¡Nadie se mueva de donde está! ¡Al primero que lo intente le mando prender sin dilación! (*Todos quedan sobrecogidos.*) ¿Os extraña esta visita, no es verdad? Pero es necesaria para aclarar una duda; pues se ha recibido un anónimo en la casa, diciendo que dentro de ella se cobija un

ladrón, (Todos se conmueven.) que impunemente roba materiales para luego venderlos fuera de aqui. Ese ladrón está entre vosotros; por lo tanto se va á proceder á un escrupuloso registro. (Dirigiéndose al cabo.) A ver, cabo, empiece por aquella punta, y uno por uno, (Señalando la parte contraria en donde está Mateo.) á todos, á ver si damos con el delincuente.

MARIANO. (Adelantándose.) Por mi parte pueden registrarme cuando gusten. (Síguenle algunos obreros.)

MATEO. (Sin poderse contener.) ¡Miserables! ¿Qué vais á hacer? ¡Atrás! (Con arrogancia.) ¿Váis á dejar que ponga las manos encima de vosotros ese hombre? (Señalando al cabo.) ¿No se os cae la cara de vergüenza al sufrir tal afrenta? ¿Vosotros sois obreros honrados y hombres á quien circula sangre en las venas, y os vais á dejar registrar como á unos bandidos? ¡No, no! ¡No hacer tal cosa ó reniego de vosotros para siempre por cobardes!

ANTONIO. (Enfurecido.) ¡Basta ya de palabras! ¡Aquí se registra á todo el mundo! Por lo tanto, el que no quiera canciones y quiera dejarse registrar, que pase á quel lado. (Parte contraria de Mateo.)

MARIANO. (Adelantándose otra vez.) Por mi parte yo soy el primero. (Síguenle los demás, menos Mateo y Anselmo.)

MATEO. (Con ironía.) ¡Tú debías de ser el primero! ¡Canalla! (Con pesar.) ¿Y yo pertenezco á vuestra clase? (Segun van registrándolos van saliendo, quedando algunos mirando desde lejos.)

ANTONIO. (Dirigiéndose á Mateo y Anselmo.) ¿Conque vosotros dos sois los únicos que no queréis dejarse registrar! ¿eh? (Con sorna.) ¡Bueno! (A los guardias.) ¡A ver, guardias! ¡Apoderaos de esos hombres! (Estos sacan los sables. Empieza una lucha entre los guardias y don Antonio contra Mateo y Anselmo. Este figurará herido en la refriega.)

MATEO. (Forcejeando.) ¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Primero me habéis de matar!... (Tropieza en un banco y cae. Entonces se apoderan de él y lo atan, pero en forma que luegopueda desatarse.)

ANTONIO. (Dirigiéndose al cabo.) Registre usted á esas dos fieras ¡Demonio! ¡Sí que son fuertes los malditos! (Por Mateo.) ¡En particular ese tigre! (El cabo registra á Anselmo y luego á Mateo, al cual le saca el paquetito del bolsillo. Mateo queda espantado.)

CABO. (Entregándoselo.) Tome usted, don Antonio: esto le he encontrado en el bolsillo á ese. (Señalando á Mateo.)

ANTONIO. (Mirándolo con alegría.) ¡A ver!

AGUSTIN. (¡Valor ó soy perdido!)

ANTONIO. Me parece que aquí tenemos algo de lo que buscamos. No en vano nos ha costado tanto el prenderle. (Entrega el paquete á don Agustín.)

AGUSTIN. (Con hipocresía, mirando.) ¡Brillantes, rubíes! ¡Oh! ¡Y yo que le consideraba como el hombre más honrado de mi casa! ¡Qué desengaño!

ANTONIO. (Con satisfacción señalando á Mateo.) Ahí tenéis al ladrón que buscamos.

MATEO. (Volviendo de su estupor.) ¡Oh! ¿Qüé dice este hombre?

ANTONIO. Que eres un ladrón; no te hagas ahora el tonto.

MATEO. (Con extrañeza.) ¡Ladrón! ¿Yo ladrón? (Preguntando á don Antonio.) ¿A dicho usted que soy un ladrón?

ANTONIO. (Señalando.) Veas si no por qué tienes ese paquete en el bolsillo, que no te pertenece. Ya lo arreglaremos eso, (En todos estos diálogos don Agustin procura esconderse esquivando las miradas de Mateo.)

MATEO. (Tocándose á si mismo como dudando.) ¿Esto es un sueño, ó es realidad lo que me pasa? ¿Estoy delirando, ó es cierto lo que me sucede? ¿Ladrón? ¿Yo ladrón? ¡Oh... qué afrenta tan grande!... (Reflexionando.) ¿Pero cómo tengo ya en mi poder ese paquete infame? ¿De dónde y cómo ha venido á mi bolsillo? (Con las manos en la frente.) ¡Oh! Voy á volverme loco y no acierto... (Con pesar.) ¡Oh! ¡Madre mía! ¡Qué vergüenza! (Como quien tiene una idea feliz repentinamente, mirando á don Agustín. Este se esconde procurando esquivar sus miradas. Mateo nota su turbación.) ¡Oh, qué idea! Sí... ¡El es!... ¡No hay duda; él mismo se vende!... ¡Miserable! ¡Canalla! (Hace un esfuerzo supremo, se desata, se apodera de una herramienta y va á matar á don Agustín, pero éste huye.) No te escaparás de mis manos! (Todos se echan encima de él, le sujetan y desarman, atándolo fuertemente. Anselmo hace esfuerzos para desatarse áfin de socorrer á Mateo, sin lograrlo.)

ANTONIO. (Empujando á Mateo.) ¡Andando y pronto! sino... (Hace ademán de pegarle.)

MATEO. (Desfallecido y tambaleándose.) ¡No puedo más! ¡Me ha perdido ese miserable! ¡Pobre madre mía!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro Primero

Tres partes de escena representarán una plaza por donde transitarán obreros, guardias y otros personajes. A la derecha, barrio de lujo, fachada de iglesia, donde entraran los fieles. parte izquierda: en primer término una casa ruinosa, y dentro de ella, á la vista del público, la habitación de María. Detrás de la casa, callejones barrio pobre. Entrada de la casa, no vista del publico. La habitación de María representa la mayor miseria. Una cama de tablas al lado izquierdo (foro) y en ella una niña que está enferma; al lado de la cama una silla. En primer término izquierda, una mesa y otra silla; encima de la mesa un candil encendido y una botella de agua. Parte del foro un baul. Centro foro puerta de entrada cerrada. Han pasado diez años.

ESCENA PRIMERA

MARIA y DOLORCITAS. Al levantarse el telón apareee María sentada al lado de la cama contemplando la niña, triste y llorosa y completamente desfigurada. Sus vestidos, viejos y estropeados.

MARIA. Parece que duerme. (Se levanta.) ¡Pobre ángel mío! Descansa. vida de mi vida, que tu pobre madre velará tu sueño, ya que tu infame padre no se acuerda de que existes en el mundo. Pues fué tan cruel é inhumano contigo, que te abandonó al nacer. (Bájase hacia la niña y la besa, y se dirige hacia la mesa á cuyo lado se sienta.) ¡Qué tristes recuerdos acuden en tropel á mi mente en este momento!... (Coloca un codo sobre la mesa y queda pensativa.) Esta noche hace diez años que se presentó don Agustín en mi casa á visitar á mi madre enferma, trayendo un paquetito en la mano, el cual me entregó de órden del médico para que hiciera perfumes en la habitación. Mientras él se acercaba á hablar á mi ma-

dre, yo eché unos poquitos de polvos como él me dijo en el brasero, de aquella caja infernal! (Levántase exaltada.) ¿Quién había de pensar en aquel momento que aquellas palabras tan dulces y cariñosas, de caridad y consuelo, que prodigaba á mi madre, habían de encubrir falsamente á un alma tan malvada y miserable como es la suya! (Con sarcasmo.) ¡Oh! ¡Con qué facilidad la boca dice lo que el corazón no siente! (Límpiase los ojos con el delantal.) Tan extasiada estaba escuchando lo que decía á mi madre, que no me daba cuenta de cierto adormecimiento que se reproducía en todo mi ser, hasta hacerme perder por completo el conocimiento de lo que sucedió después! (Pásase la mano por la frente.) Al despertar del letargo en que estaba sumida, me encontré en los brazos de aquel miserable, que habia abusado de mi inocencia infamemente; el cual, con el mayor cinismo, me dijo estas palabras que me causaron un espanto horrible! «Es inútil que chilles ni des escándalo; pues más pronto te perjudicarás que otra cosa. He estado toda la noche en tu compañía y ha sido con tu consentimiento. Con que hija, procura ser juiciosa, que yo te protegeré para que nada os falte». Quedé aterrada y sin aliento no sé cuánto tiempo!... Solamente empecé á darme cuenta de mi situación al llamarme mi pobre madre, á quien oculté mi deshonra por vergüenza, pero más tarde lo supo y el pesar mismo la hizo sucumbir! (Sentándose con desaliento.) ¡Ay, qué tristes recuerdos tiene todos los años esta noche para mí! (Señalando la cama.) ¡Allí están las consecuencias de aquella noche fatal! (Atribulada.) Desde el momento en que se conoció mi maternidad, la sociedad infame me castigó con dureza y sin piedad por la falta que yo no cometí; mi misma madre me recriminó, sin quererme oir ni dar crédito á mis palabras. Mis parientes más cercanos me abandonaron á mi suerte; las amigas y compañeras se burlaron de mí sin compasión, y por último: los hombres y las leyes se creyeron con derecho á pisotearme en el lodo, queriendo unos y otros sacar su producto como carne de mercancía, que tiene que pagar su tributo á la sociedad. (En este momento cruza la plaza don Agustín y entra en la iglesia.) ¡Ese es el pago que aquel infame me proporcionó

aquella noche fatal! (Con dolor.) ¡Oh! ¡Triste vida la mía hace ya diez años! En todo ese tiempo no he encontrado una mano amiga extendida hacia mí para levantarme del fango donde ese miserable y la sociedad me arrojaron! ¡Sólo he encontrado amenazas, burlas y sarcasmos allá donde he acudido á pedir trabajo ó protección; pues en todas partes me decían que yo era... ¡Ah! ¡Sociedad fementida é hipócrita! ¿qué era yo? (Con rabia.) ¡Tú sí que eres la hidra infamante de la vida! ¡Tú sí que manchas con tu baba venenosa y repugnante las fibras del bien en el sér humano! Tú sí que en vez de atender á mis súplicas y ruegos y defenderme como es tu deber, estás haciendo conmigo todo lo contrario: arrojándome cada vez más al precipicio. (Exclamándose.) ¿Dónde está la justicia de la tierra? ¿Dónde está la justicia del cielo, que no acuden en mi defensa y me dejan tirada en el arroyo hace ya diez años? (Con calor.(¡Oh, falsedad de las falsedades! ¡O no existen tales justicias, ó de lo contrario me obligarán á aborrecerlas por inservibles é inhumanas! (La niña se despierta y pide agua.)

DOLORCITAS ¡Mamá, mamá! ¡Dame agua! (María acude á ella.)

MARIA. (Con solicitud.) Bebe, hija mía, bebe.

DOLORC. (Después de beber.) ¡Mamá!

MARIA. (Con cariño.) ¿Qué quieres?

DOLORC. Tengo hambre, mamá. Dame pan, que tengo mucha hambre.

MARIA. (Con dolor.) ¡Hija de mi alma! No tengo ahora; pero la mamá saldrá á la calle y te lo traerá, ¿sí? (Tapándola.) Estate quietecita y no te muevas, que la mamá pronto estará de vuelta.

DOLORC. Sí, mamá, no me moveré. Ven pronto.

MARIA. (Poniéndose un pañuelo á la cabeza.) Confío en tu promesa. Voy á traerte pan y vuelvo al instante. (Sale á la calle. Un momento de espera.)

ESCENA SEGUNDA

MARIA sola en la plaza; luego ALFREDITO y RAFAEL.

MARIA. (Vacilante.) ¿A dónde me dirijo, señor; á dónde? ¿Qué hago? (Salen Alfredito y Rafael por la izquierda hablando y se paran en mitad de la escena; María se fija en ellos y va á su encuentro extendiendo la mano.) ¡Caballe-

ros! ¡Una limosna, que no tengo pan, para mi hija que lo pide!

ALFREDITO. (Con aspereza.) ¡Dios la ampare!

RAFAEL. (Echando mano al bolsillo.) Tome usted. buena mujer, dele pan á su hija, si es verdad que lo pide.

MARIA. (Con agradecimiento, lo toma.) ¡Gracias, caballero, gracias! ¡Que en su vida tenga que hacer lo que yo hago en este momento! (Vase corriendo por la izquierda.)

ALFREDITO. ¿Con que decididamente no nos acompañas?

RAFAEL. No me es posible el complacerte esta noche, Alfredo.

ALFREDITO. Bueno, hombre, bueno. (Con burla.) Ya diré á los amigos, cuando llegue, que Rafael se ha vuelto loco de amores y por eso no puede acompañarnos.

RAFAEL. (Con ironía.) Búrlate lo que quieras, pero no es porque esté loco de amores como tú dices; es que no me agradan esas clases de bromas ó reuniones donde escarnecéis todo lo sano y bueno que tiene la mujer: la virtud, y por esta razón no os acompaño.

ALFREDITO. (Con sarcasmo.) Pues chico, ¡no estás poco platónico que digamos! ¿Es que quieres llegar á ser santo para que te canonicen?

RAFAEL. (De mal humor.) Ni quiero ser santo ni demonio; lo que quiero es respetar á todo el mundo para que se me respete á mí; ya lo sabes.

ALFREDITO. No vayas á enfadarte ahora. Ya te dejo solo con tus locuras. Adiós. (Vase por la derecha.)

RAFAEL. (Solo.) ¡Qué empalagoso y qué imbécil es ese muchacho! ¡Y que uno tenga que sufrir el trato de esos seres pervertidos en el vicio! (Con repulsión.) Pero dejemos de pensar en ese mamarracho; pues tanto él como su padre me son antipáticos, sin que yo pueda explicarme el por qué. (Pensando.) ¡Qué modo más extraño de pedir limosna el de esa mujer! Sus palabras se me han quedado presentes. (Recalcándolas.) ¡Que en mi vida tenga que hacer lo que ella hace! ¡Ah! sí, buena mujer. ¡Que no me vea nunca en tal trance; pues sería mi perdición ó mi locura! (Preséntase María por la izquierda, reconoce al caballero y se dirige á él con alegría mostrándole lo que ha comprado.)

ESCENA TERCERA

MARIA. RAFAEL y luego Don AGUSTIN.

MARIA. ¡Caballero! ¡caballero! Mire usted lo que llevo

á mi pobre hija por la bondad de usted. (Hace ademán de besarle la mano.)

RAFAEL. (Retirando la mano.) ¡Señora! ¿qué hace usted?

MARIA. ¡Caballero, no sé cómo darle las gracias por el bien que me ha hecho esta noche... Por usted llevo alimentos y medicinas á mi infeliz y desgraciada hija que se muere por falta de recursos.

RAFAEL. (Enternecido.) ¿Pero es verdad lo que dice, señora? ¿A tal extremo ha llegado, que ni para pan tiene usted?...

MARIA. (Con desaliento.) Por mi desgracia, así es.

RAFAEL. ¡No será desde este momento que nos hemos conocido! Yo la protegeré. No soy rico, pero gano lo suficiente para suplir sus desventuras. Además tengo amigos que la socorrerán y salvaremos á su hija.

MARIA. (Con arrobamiento.) ¿Qué dice usted? ¿Salvar á mi hija? ¡Oh! ¡sí, sálvela usted, caballero! (Arrodillándose.) ¡Sálvela, aunque yo perezca!

RAFAEL. (Levantándola.) Levántese, buena mujer.

MARIA. (Con agradecimiento.) ¡Gracias, caballero, gracias! ¡Qué buen corazón tiene usted!

RAFAEL. Señora... (con interés.) tenga la bondad de decirme las señas de su casa, para llevarle pronto recursos con que salvar á su hija.

MARIA. (Señalando.) Ahi la tiene usted, caballero.

RAFAEL. (Con extrañeza.) ¿En esa casa? Pero si no es posible; si eso está amenazando ruina y es una temeridad habitar en ella.

RAFAEL. (Con pesar.) Por eso estoy en ella; porque está abandonada de su dueño y no pago alquiler alguno... Nadie sabe que vivo en ella. Nadie me ha visto entrar ni salir; pues solamente lo hago á deshora de la noche, que nadie puede verme.

RAFAEL. (Con calor.) ¡Es menester que salga usted de esa casa inmediatamente, señora! porque de un momento á otro puede derrumbarse y ocurrir una desgracia. (En este momento sale don Agustín de la iglesia, mira al grupo y reconoce á Rafael.)

AGUSTIN. ¡Rafael! (Este se vuelve.) ¿Usted por aquí, y á estas horas?

MARIA. ¡Esa voz!

RAFAEL. ¡Ah! ¿Es usted, don Agustín?

MARIA. ¡Ah! (Reconociéndole y con terror.) ¡Oh, qué horror! ¡El! ¡Miserable! (Huye.)

RAFAEL. ¿Qué es esto? ¿Por qué huye esa mujer con tanto horror, de usted? ¿Acaso la conoce?

AGUSTIN. ¡No! ¡no! (Turbado. Sí... es decir, la conocí hace tiempo y la eché de mi casa por escandalosa y por su mal comportamiento... (Aparte.) ¿Si sabrá?... ¿Y usted la conoce?

RAFAEL. (Con sencillez y desimulando. No. Me pidió una limosna para dar pan á su hija que tiene enferma.

AGUSTIN. (Aparte.) ¡Mi hija!

RAFAEL. Se la dí y le preguntaba cuando usted llegó, dónde vivía. Observando á don Agustín.)

AGUSTIN. ¿Y se lo dijo á usted? (con interés.)

RAFAEL. (Aparte.) Quiere saber... ¡No!... pues llegó usted en ese momento, y ya ha visto usted como ha huido.

AGUSTIN. (Con hipocresía.) Lo siento, porque la hubiera socorrido, por más que no es digna de ello por su mala conducta. (cambiando de conversación.) Pero dejemos de hablar de esa vagabunda y hablemos de nosotros ya que he tenido la suerte de encontrarle. (Aparentan hablar en voz baja. María entrando en su habitación sobresaltada. Se quita el pañuelo y lo deja encima del baul.)

ESCENA CUARTA

Dichos y DOLORCITAS.

MARIA. (Con horror.) ¡Oh! ¡Ese hombre fatal por estos sitios!

DOLORC. ¡Mamá, mamá! ¿ya has venido? ¡Cuánto has tardado! ¿Me traes pan? ¡Tengo mucha hambre!...

MARIA. (Con amor, enseñándoselo.) ¡Sí, hija de mi alma!... Sí, toma Además toma esto otro que te traigo...

DOLORC. (Con alegría.) ¡Jamón, jamón! ¡Ay! ¿qué bueno estará! (Se pone á comer con ansia.)

MARIA. (Limpiándose las lágrimas con el delantal.) ¿Te gusta?

DOLORC. Mucho. (con satisfacción.) ¡Ay, qué rico que está!

MARIA. (Con cariño.) Bien, come, y luego á dormir. (Dirígese á la mesa y deja los demás efectos despacio, á fin de dar tiempo.)

AGUSTIN. Con que apreciable joven, no olvide usted lo que le he dicho, y por estos sitios lo menos posible por la noche; pues (Señalando la casa de María.) la seguridad por aquí está poco garantida, y estos callejones albergan mala gente.

RAFAEL. (Con disimulo.) No acostumbro á frecuentar estos barrios, así es que no se la clase de gente que

habita en ellos, pero estoy en la creencia de que la mayoría de ellos son obreros, pobres, pero honrados.

AGUSTIN. (Con sarcasmo.) No lo crea usted así, que está en peligro de quivocarse. Hay sus escepciones, pero la mayoría dejan mucho que desear.

RAFAEL. (¡Miserable!)

AGUSTIN. (Alargándole la mano. Conque hasta mañana.

RAFAEL. Con repugnancia se la toma.) No faltaré. (Vase don Agustin izquierda.)

ESCENA QUINTA

Los mismos menos Don AGUSTIN.

RAFAEL. ¡No sé qué tiene ese hombre para mí, que me causa repulsión estrechar su mano! (Quédase pensativo.) ¿Qué podrá haber de común entre esa mujer y don Agustín?

MARIA. Se ha quedado dormida. (Acercándose á la cama.)

RAFAEL. No cabe duda: el horror demostrado por esa pobre mujer y su última palabra, demuestran.

MARIA. Lo que es la satisfacción cumplida! Se está riendo mi pobre angel!

RAFAEL. Además la turbación de don Agustin me demuestra bien claramente que su conciencia no está tranquila.

MARIA. Duerme, hija de mi alma, duerme por última vez en esta choza! Mañana... quién sabe dónde nos deparará el destino! (Se dirige á la mesa.)

RAFAEL. Aparte de esto, el deseo demostradö por saber su domicilio, me afirma más en mis sospechas ..

MARIA. (Sentándose con desaliento.) Qué cansada me encuentro!

RAFAEL. Es preciso esclarecer este enigma para mí...

MARIA. (Recostada en la mesa.) El sueño se apodera de mí por completo.

RAFAEL. Esta misma noche preguntaré á mis amigos, y veremos si me dan alguna luz sobre el asunto.

MARIA. No puedo más. El sueño me vence por fin! (Queda dormida.)

ESCENA SEXTA

Dichos, ANSELMO, ENRIQUE y otros obreros que se presentan por la derecha.

ANSELMO. (Reconociendo á Rafael y llamándole.) Rafael.

RAFAEL. (Volviéndose.) Anselmo! Querido amigo! (Todos se aproximan. Rafael va reconociéndolos y estrechándoles la mano con alegria.) ¿A dónde os dirigís á estas ho-

ras todos juntos?

ANSELMO. Habíamos ido á una conferencia y la han suspendido; y ahora nos retiramos á descansar, para mañana acudir al trabajo. (*Observándole.*) Pero ¿qué te pasa? Parece que te encuentras pensativo... Y aquí solo en esta plaza, ¿qué haces?

RAFAEL. En verdad que pensativo me encuentro. Pero ya que he tenido la suerte de que paséis por aquí, me evitáis el iros á buscar como tenía pensado, para que me hicieseis un favor.

ANSELMO. Si podemos servirte en algo, nos tienes á tu disposición.

RAFAEL. Sí. Desearía que esta noche se vigilase esa casa, (*Señalando la de María.*) y tanto al que entre como al que salga, mujer ú hombre, se le siguiera sin perder su pista; pues me es de sumo interés el enterarme de cierto asunto.

ENRIQUE. Si no es más que eso, puedes estar tranquilo; se vigilará.

RAFAEL. (*Dándole la mano.*) Gracias, compañero. Ahora deseo haceros una pregunta. ¿Quién de vosotros puede darme antecedentes de un tal don Agustín del Pino, que fué fabricante de joyería y hoy banquero?

ANSELMO. Yo.

RAFAEL. Le conoces bien?

ANSELMO. Y tanto! ¡Ojalá no le hubiera conocido nunca!

RAFAEL. ¿Qué historia tiene; buena ó mala?

ANSELMO. La historia de un miserable.

RAFAEL. (No me engañaba mi corazón!)

ANSELMO. (*Recordando.*) Por culpa de él tenemos un compañero en Ceuta; ademas, una hija del trabajo, deshonrada, según supe luego, y yo sufrí, por su culpa, ocho meses de hospital y un año de prisión, mas la pérdida de un padre, porque para mí ese compañero lo era. (*Volviéndose á los demás.*) Es Mateo, el de Ceuta. (*Todos.*) Ah!

RAFAEL. Bien, Anselmo; me acompañarás y me contarás la historia de ese hombre y sus pormenores. (*Volviéndose á todos.*) Ahora separémonos, y á cumplir cada uno su misión y deber. Salud! (*Todos.*) Salud! (*Se separan en grupos, cada uno por su lado.*)

MUTACIÓN

Cuadro Segundo

Telón corto de bosque.

ESCENA UNICA

CAPATAZ 1.º y 2.º y CABO de tropa. Luego MATEO. Salen por la derecha soldados, después los presidiarios, de vuelta del trabajo, dirigiéndose al penal. Todos llevarán cadena en el pie y en el brazo izquierdo su numero correspondiente. Mateo tiene el 14. Por ultimo más tropa, el Cabo y Capataz. Todo ceremonioso y en orden.

CAPATAZ 1.º Alto! Sentáos un momento y descansad, que hoy el trabajo ha sido pesado y es largo el camino que tenemos que andar. (Siéntanse los penados; unos encienden sus cigarros, otros hablan. Mateo solo y triste. Los soldados á los lados con el fusil en tierra. El cabo de tropa solo y pensativo. Los capataces en primer término, disponiéndose también á fumar.)

CAPATAZ 2.º Ha hecho usted muy bien en darnos este pequeño descanso; pues el camino es largo, y para andarlo de una jornada se necesita almorzar fuerte y tener unas piernas de bronce.

CAPATAZ 1.º Por esa razón he mandado hacer alto; (Volviéndose un poco.) para que descansen esos pobres infelices. (Mirando al Cabo.) Cabo, acérquese; ¿qué hace ahí tan solo? (Se acerca el cabo.)

CAPATAZ 2.º ¿Quiere liarlo? (Al Cabo.)

CABO. Gracias; me encuentro enfermo de la garganta y no puedo usarlo.

CAPATAZ 1.º Ya se le conoce, que está usted triste y preocupado y busca la soledad.

CABO. No es la enfermedad la que ocasiona mi tristeza sino los cuadros que presencio todos los días en estos infelices, (Señalándoles.) los cuales me preocupan sin poderlo remediar. (Señalando á Mateo.) Ahí tienen ustedes á ese hombre, que no puedo verlo sin preocuparme su misma postración y desaliento; pues es como un sér muerto, por más que existe entre los vivos; su misma postración lo está diciendo.

CAPATAZ 1.º Verdad. Es un hombre muerto que anda y produce; pues siempre está lo mismo que ahora: esa es su postura de siempre.

CABO. No sé qué tiene ese hombre para mí, pero en verdad les digo á ustedes que padezco al verle en tal situación.

CAPATAZ 1.º Es digno de lástima. Pero ya hemos descansado un rato y la noche se echa encima. (Volvién-

dose.) ¡A ver, muchachos; todos en pie y en marcha, que aún nos queda mucho que andar! (Todos se levantan y se forman menos Mateo, que en su preocupación figura no haber oido. Dirigiéndose á Mateo.) Eh! 14, arriba. (Tocándole.)

MATEO. (Con calma.) Eh? (Levantándose.) Había olvidado dónde me encontraba! ¡Aún existe mi martirio!

CAPATAZ 1.º En marcha! (Salen todos ceremoniosamente y Mateo tocándose la cadena haciendo demostraciones. Momento de pausa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Tres partes de escena lado derecho, dormitorio del presidio, donde estarán señalados los nùmeros de los presos, figurando que el de Mateo esté colocado en primer lugar á la izquierda; los petates para dormir serán en la forma que suelen usar en dichos establecimientos; un farol apagado á parte derecha; al foro puerta de entrada; detrás, pasillo. Parte restante, izquierda, despacho del Director del Penal, en la misma forma que en el primer acto, bajo ciertas diferencias en el ornamento.

ESCENA PRIMERA

MATEO, luego CAPATAZ. Empiezan á entrar los penados en el dormitorio; los unos se dirigen á sus petates, otros forman corro ó se pasean; el ùltimo es Mateo.

MATEO. (Caviloso y cansado se dirige á su sitio y se sienta en el suelo con desaliento.) ¡Qué cansancio y debilidad experimenta mi cuerpo! Las fuerzas me faltan en él para sufrir este martirio penoso. La muerte por fin, atendiendo á mis súplicas parece que vaya extendiendo sus alas á mi alrededor señalándome el descanso!... Con qué alegría voy á recibirte, muerte bienhechora! Ven, ven pronto y quítame esta vida miserable y bochornosa que aborrezco! Ten compasión de mí y acude pronto, que te espero!... (con desaliento.) Ah! quién sabe lo que tardará aún! (Pausa. Levántase nervioso meneando la cabeza, recordando.) Hoy se cumplen diez años que la justicia, apoderándose de mi cuerpo, me condujo aquí para castigar un delito imaginario. (con dolor.) Desde dicha fecha llegué á comprender lo poco que un hombre honrado vale ante la sociedad que no le comprende ni atiende á sus súplicas y ruegos!... Y en mi triste soledad y cautiverio, he tenido suficiente tiempo para analizar las trasfiguraciones de la sociedad en

que vivimos... (con entusiasmo.) Hoy no se vive, no! hoy se muere uno viviendo! No sirve ser honrado, laborioso y bueno, no! Es menester que los hombres y la sociedad quieran decir que lo eres. No te defiendas de una infamación que te acumula una mano traidora, no! No lo hagas, porque si lo haces, el infame serás tú, las pruebas de tu delito las llevas encima! (con ironía.) Ah! sociedad! ¿Qué nombre te daremos á tí, que proteges al fuerte en contra del débil, al cual abandonas sin piedad? ¿Qué nombre te daremos á tí, que edificas y mantienes en vigor estos (Señalando.) sitios donde vas acumulando montones de carne humana, á los cuales asesinas sin compasión y con ensañamiento?... No castigas un delito con enviar aquí á estos seres! no, miserable sociedad! Lo que haces es fomentar la mala enseñanza para matar la razón! (Entra el cartero en el despacho y deja un paquete de cartas.) Y ten en cuenta, que si aquí se encuentra alguno que hubiese verdaderamente cometido el delito, habías de ver y estudiar el por qué lo había cometido; que la mayoría de las veces no es criminal aquel que comete un crimen. No! sino aquellos que le obligan á cometerlo!... (Pausa.) Si el delito se ha cometido por ignorancia ó por falta de ilustración, no son ellos los culpables de su delito, sino tú que no los has educado conforme, y si lo han hecho por hambre, tú sola eres la culpable, que les has obligado á llegar á ese extremo. Y por último, si ha sido por vicio, mata el vicio, sí, pero empieza por arriba, y no hacerlo como lo haces por el débil, con el que menos delito comete. (Pausa. Recapacitando.) Pero ¿qué saco con razonar en serio, si la misma experiencia de la vida me enseña á que en serio no se puede razonar? (con ironía.) ¿No me encuentro yo aquí, despreciado de la sociedad y con una mancha afrentosa por querer defender la razón y obrar en su defensa? ¿No me han asesinado á mí pobre madre? ¿No me han apartado de mis amigos y compañeros, por defender la inocencia de las garras de un malvado encenegado en el vicio? No le han dejado á él allí, y á mí me han conducido aquí para que escarmiente? (Hablando consigo mismo.) Vamos, Mateo, no razones, que los hechos bien te demuestran que no se puede razonar. Vive como viven los otros,

haz lo que hagan los demás. Defiéndete como se defienden las fieras cuando las atacan, y de esa forma podrás entrar á ser uno de tantos en esta corrompida sociedad. (Hablando al corazón.) Y tú, corazón! Calla tus generosos y nobles latidos, y en tu vida ¿sabes? en tu vida; te conmuevan las desdichas ó alegrías de los demás; pues ya sabes, por experiencia, que para vivir tranquilo y feliz, es menester no tener corazón; pues por tu culpa ya ves como nos encontramos. (En este momento entra el capataz con una carta.)

CAPATAZ. Catorce! Aquí tienes una carta para tí. (Entregándosela.) A ver si te traigo buenas noticias.

MATEO. (Tomándola con alegría.) ¿Una carta para mí?... A ver... (Va á abrirla y no se atreve.) No sé qué tiene esta carta que no me atrevo á abrirla! (Mete una mano en el bolsillo. y sacando una moneda se la da al cartero.) Tomad, buen hombre. No sé si me trae usted buenas ó malas noticias, pero aquí le doy lo que tengo.

CAPATAZ. (Tomandola.) Gracias. Y que sean buenas me alegraré. (Vase.)

MATEO. (Mirando la carta.) No conozco esta letra! ¿De quién podrá ser esta carta? Salgamos de dudas y sepamos de quién es. (La abre y de dentro cae un papel escrito; lo coge y ve que es de Anselmo.) Es de Anselmo. (Besándolo.) De mi amigo, mi compañero. (Bésalo de nuevo con efusión.) Tú no me olvidas nunca. Tú eres en el mundo el único que no has olvidado al pobre Mateo. Con qué placer te abrazaría en este momento, querido amigo! (con precipitación.) Mas veamos lo que dice... (Pasándose las manos por los ojos.) No veo, no veo lo que pone. Las fuerzas me faltan... Voy á caerme! (Al tambalearse acuden varios presos.)

ESCENA SEGUNDA

METEO y PENADOS n.º 12 y 13. Los presos se dirigen al sitio de Mateo y lo sientan.

NÚM. 13 ¿Qué es eso? Qué le pasa, catorce? Se siente malo?

MATEO. (Serenándose.) No es nada, amigos míos, no es nada. Un pequeño vahído que me ha dado. Ya se me pasa.

NÚM. 13 Será de la misma alegría de recibir la carta. Como recibimos tan pocas, la impresión...

MATEO. Si, eso será. Pero dejadme un momento solo para respirar el aire, y esto me aliviará.

NÚM. 12 Sí, dejémosle solo, que estará mejor. (Se retiran donde estaban.)

MATEO. (Incorporándose.) Qué poca cosa somos en esta vida! Hace un momento quería yo mismo engañarme diciendo á mi corazón que no sintiera; sin embargo, no he podido resistir la impresión de esta carta. (Mirándola. Pausa.) Mas veamos lo que dice, ahora que estoy más tranquilo. (Leyendo.) «Inolvidable Mateo, amigo, compañero y padre. (Límpiase las lágrinas con la mano.) Le remito este mi pequeño testimonio en prueba de mi amistad y respeto al que fué mi profesor en los principios de mi triste vida, y al mismo tiempo como recuerdo al mártir; al hombre de bien que sin cometer delito alguno está sufriendo el martirio penoso del presidio y las vejaciones de la infame sociedad. Vuestro compañero é hijo que nunca os olvida. —Anselmo.» (Besando la carta y limpiándose las lágrimas con la mano.) Amigo fiel, tú que nunca me has olvidado y me das el nombre de padre, yo recojo esa demostración del hijo y como á tal te considero en mi corazón. (Mirando la carta.) «Postdata. Como ya habrá usted leído la carta de nuestro compañero y amigo Rafael, cuando lea la mía, le digo que crea en sus palabras y tenga confianza en sus promesas que pronto recobrará la libertad y tendremos la dicha de abrazarle los compañeros que le esperan y su amigo y bienhechor Rafael y este su hijo.» (con alegría.) ¿Cómo? Mi libertad? Será posible? ¿Pero cómo es esto? habré leído mal? (Lee para si con avidez.) No! no me cabe duda; esto dice. Voy á ser libre y pronto! Ah! Tranquilízate, corazón; no palpites con tal violencia, que parece que vayas á saltar de mi pecho! (coge la otra carta precipitadamente.) A ver, á ver, leamos: «Al víctima, al hombre honrado le saludo, le venero desde aquí. Salud!... Enterado de su desgracia por su hijo Anselmo, y al mismo tiempo datos verídicos por mí recogidos, me han demostrado palpablemente lo injusto de su castigo y los muchos sufrimientos por que usted ha pasado. No le conocía, ni le conozco personalmente hoy, pero por su historia y sus sufrimientos es usted digno de que todo hombre honrado le estime y venere y procure por

todos los medios posibles el darle la libertad que tan vilmente le quitaron. Por lo tanto, se le presentará en esa una persona, la cual procurará hacerle la vida más agradable y tranquila, mientras se llegue á conseguir su completa libertad. Espero de usted que atenderá á dicha persona en aquello que le diga y le mande, teniendo siempre en cuenta que no es á él á quien obedece, sino á su hijo Anselmo que desea abrazarle, y á este su humilde amigo. Rafael.» (con alegria.) No cabe duda! es cierto; desean darme la libertad. Además, esa persona que me dice en esta carta, de un momento á otro se presentará. Anselmo! Rafael! Oh! Voy á volverme loco! La misma alegría me hará perder la razón. (conteniéndose. Hablando consigo mismo.) Calma, Mateo, calma! Procura serenarte y que nadie comprenda lo que pasa por tí. (con desaliento.) No puedo más. Las impresiones recibidas me vencen y me aniquilan por completo. (Déjase caer sobre el petate. En este momento entra el Director del Penal en el despacho, se dirige á la mesa, se sienta en el sillón y examina papeles.)

ESCENA TERCERA

Los mismos; Don ANDRES en el despacho.

ANDRES. Veamos la correspondencia de hoy; pues parece que hay aglomeración de cartas. (Leyendo varias para sí.) Siempre lo mismo! Peticiones de los más desgraciados. Recomendaciones de altos personajes para los más pillos! Esta es la sociedad! (coge otra carta con sorpresa.) Del Ministro! Y viene cifrada. ¿Qué será? Veamos: «Señor Director del penal de Ceuta. Muy señor mío: En vista del giro que toman los asuntos fronterizos, y que las kábilas cada día nos hostigan con más ímpetu y número de rebeldes, (Muévese Mateo.) el Gobierno acordó con fecha 24 del presente que en vista de las pocas fuerzas con que cuenta dicha plaza, le comunicara la orden de armar unas escuadrillas de voluntarios penados y ponerlas bajo las órdenes del capitan don Federico Cienfuegos, el cual de un momento á otro se presentará en ese penal para ponerse al frente de dichas fuerzas. Lo cual pongo en su conocimiento para su pronta realización y efectos consiguientes. Dado en

Madrid á 26 de...» (Arroja la carta.) El Ministro! Pues señor, muy bien. (Dirigiéndose á los presos.) Ahora vosotros á defender la patria que tan mal os paga. Vamos, que tienen gracia ciertas cosas del mundo! Veremos esta otra lo que dice. (Mirando otra carta.) De Rafael! (La abre con ansia.) También cifrada! Qué será? (Leyendo alto.) «Compañero y amigo. Como continuación á mi primera carta, en la que pedía protección para el penado número catorce, y en contestación á la tuya en mi poder, deseo de tí el que procures por todos los medios que estén á tu alcance, el dar libertad á dicho penado; pues la creo necesaria, para evitar grandes males, que pudieran sobrenir, además de ser justa. Pues bajo juramento sagrado para mí, te digo: hermano honrado, inteligente, calumniado, venganza é inócente. Espero contestación para disponer trabajos necesarios para castigar al culpable, y necesito al inocente como prueba; lo restante lo tengo. Tuyo siempre, Rafael.» Sí, querido amigo. Procuraré satisfacerte en lo que deseas. No necesitaba tanto como haces; pues ya sabía su historia antes de recibir tu carta; lo que ignoraba es que fuese lo que es. (Quédase pensativo. Mateo se mueve.) ¿Qué hacer? Es necesario darle la libertad! Es inocente! ¿Pero cómo?... (Dándose una palmada en la frente.) Ah! sí! Esto es. Y en esta forma... (Dirígese á la mesa y recoge la carta del Ministro.) Aquí tengo su libertad. Mira por dónde una mala orden sirve para hacer un gran beneficio. ¡Cosas del mundo! (Pensativo.) Pero entretanto es necesario quitarle de esos trabajos y martirios! (Toca el timbre y se presenta un capataz.) Que busquen al penado número catorce y lo conduzcan aquí. (Retírase el capataz.) Mientras viene iré trabajando. (Se sienta y se pone á escribir.)

ESCENA CUARTA

PENADO n.º 12 y 13; luego CAPATAZ y MATEO.

NÚM. 12 (Hablando alto.) Pues él está aquí por tres causas: por robo, intento de asesinato y desacato á la autoridad.

NÚM. 13 Sí, estas son las causas que le acumulan; pero según datos que he adquirido, es inocente, por

más que se le encontró el robo encima, y sobre el intento de asesinato, fue en justa indignación y acaloramiento; pues al verse calumniado y comprender quién era el autor de aquella infamia, sin darse él mismo cuenta de lo que hacía, quiso matar á su infamador; nada más justo y legal. Vosotros hubierais hecho lo mismo.

NÚM. 12 Pues aquí cuando vino traía muy mala nota y se tomaron muchas precauciones con él.

NÚM. 13 Sí, es cierto; pero luego demostró en cien ocasiones lo falso de su nota y lo inútil que fueron las precauciones que con él se tomaron. Solamente, que hay una mano oculta en esto, y desean que este hombre de bien, sucumba en estos lugares, para la tranquilidad de un alto personaje.

MATEO. (Levantándose.) No me ha sido posible conciliar el sueño, pero este poco de tranquilidad que he tenido me ha hecho mucho bien.

NÚM. 13. (Señalando á Mateo.) Miradle; parece que se encuentra más aliviado.

NÚM. 12. Y más tranquilo también.

CAPATAZ. (Entrando.) Número catorce! al despacho del Director!

MATEO. (Incorporándose.) Qué? qué ha dicho? (Todos los penados se cuadran al pasar el capataz.)

CAPATAZ. ¿No me ha oído usted, catorce?

MATEO. Sí señor. (Cuadrándose.) Pero dudaba por si había oído mal.

CAPATAZ. Pues sígame usted al despacho, que el Director le espera.

MATEO. (Recordando y humildemente.) Un favor deseo pedirle á usted.

CAPATAZ. Si puedo servirle, cuente con él.

MATEO. Es poca cosa. ¿Sabe usted, por casualidad, si está en el despacho del Director algún caballero?

CAPATAZ. Estaba solo cuando me ha mandado á buscarle.

MATEO. (Con desaliento.) Nadie! Para qué me mandará llamar?

CAPATAZ. Vamos? (Echando á andar.)

MATEO. (Triste.) Ya le sigo á usted. (Salen Mateo y el capataz, y don Andrés deja de escribir y se queda pensativo.)

NÚM. 13. Para qué lo mandará llamar el Director?

NÚM. 12. Quién sabe si será para bien ó para mal?

NÚM. 13. Para mal no puede ser, sino todo lo contrario; su conducta es como el sol. Además, el Direc-

tor le aprecia bastante y no creo en nada malo.

NÚM. 12. Eso digo yo, también... Ah! una idea. Esa carta que ha recibido y que tanto le ha trastornado, no podría ser que le diese buenas noticias, y ahora el Director se las comunique también?

NÚM. 13. Tiene razón el doce, sí, eso será. (Pónense á hablar bajo los unos con los otros, ó hacen otras cosas, para hacer tiempo y dar vida á la escena.

ESCENA QUINTA

Don ANDRES en actitud pensativa; luego MATEO y el CAPATAZ.

ANDRES. Si yo pudiera arreglarlo todo tal y como lo he pensado, pronto estaría Mateo en libertad y mi amigo servido en sus deseos. Mas parece que tardan demasiado en venir. La impaciencia me tiene intranquilo hasta saber si aceptará mis proposiciones.

CAPATAZ. (Presentándose.) Dá usted su permiso?

ANDRES. (Volviendo la cabeza.) Adelante. (Entra el capataz y se cuadra.)

CAPATAZ. Aquí fuera está el penado número 14 que me ha mandado usted buscar.

ANDRES. Que pase. (Sale el capataz y vuelve al momento con Mateo, presentándose gorra en mano, con respeto y cuadrándose. Aparte.) Ya está aquí. (Levantándose del sillón.) Pase adelante, catorce. (Al capataz.) Usted puede retirarse, y que no me moleste nadie hasta que yo llame. (Sale el capataz haciendo el saludo. A Mateo con amabilidad.) Acérquese usted, Mateo. (Acércase con respeto, la mano puesta como marca la ordenanza penal.) Aquí. Baje usted esa mano y siéntese en esa silla; (Indicándole una.) pues vamos á hablar más como amigos que como subordinado y Jefe. (Mateo titubea.) Vamos, déjese de temores y siéntese.

MATEO. (Con respeto.) Es que no merezco esa atención... Soy un presidiario.

ANDRES. (Con calor.) Será para la sociedad, pero no para mí que le considero inocente de lo que se le acusa, y un martir de su buen proceder.

MATEO. (Con agradecimiento.) Oh! gracias! gracias! Desde el fondo de mi alma le agradezco á usted esas palabras consoladoras á mi triste corazón!

ANDRES. Siéntese usted, que tenemos mucho que hablar y poco tiempo disponible.

MATEO. (Con respeto.) Usted lo manda, yo obedezco. (Ambos se sientan.)

ANDRES. (Con afabilidad.) Le he mandado llamar á usted por dos motivos; el uno para decirle que estoy

muy disgustado de usted por el poco caso que hace de mis consejos; pues hoy ha vuelto á poner su vida en peligro, sin acordarse de lo que le tengo dicho.

MATEO. (Titubeando.) Es que ninguno de mis compañeros se atrevía, y yo...

ANDRES. (Con calor.) Sí, y usted lo ha hecho sin mirar el peligro como los demás, pero á mí que le conozco y le estudio, veo que lo que usted buscaba era la muerte. (Pausa.) Mateo, haga usted caso de mis palabras y consejos y procure vivir, que día llegará en que se reconozca su inocencia.

MATEO. (Con ironía.) Vivir! Y para qué quiero yo vivir, si viviendo me estoy matando! (con calor.) Es cierto, sí, ¿por qué engañarle? Busco la muerte con ansia, porque aborrezco la vida miserable que llevo, como asimismo de aquel que considerándose con poder, la hizo que sirviera para tal empleo.

ANDRES. Mire usted, Mateo, que el que atenta contra su vida demuestra cobardía y falta de corazón.

MATEO. Ciertamente, es acción de cobarde lo que yo intento. Pero hoy ya no me es posible sufrir por más tiempo mi desgracia, es preciso concluir de una vez. (Quédase pensativo.)

ANDRES. Veo que está usted delirando y no se acuerda de las obligaciones y deberes que tiene que cumplir en la sociedad. Deseche lejos de sí esos pensamientos destructores de su persona, que pronto se convencerá la justicia de su inocencia.

MATEO. (Con alegría.) ¿Qué dice usted? Sabe acaso alguna cosa?

ANDRES. Nada sé cierto; pero debo decirle que hay una persona amiga que trabaja en su favor y creo que saldrá victorioso en su empresa.

MATEO. Pero ¿ha estado ya aquí? Le ha visto usted?

ANDRES. (Con extrañeza.) A quién?

MATEO. (Con entusiasmo.) A mi protector.

ANDRES. No comprendo lo que quiere decir.

MATEO. (Decidido.) En usted, señor Director, puedo tener confianza. (Saca la carta del pecho y se la entrega.) Tome usted, lea, y entonces me comprenderá.

ANDRES. (Lee para sí dominándose.) Ah! sí, esto es: esta carta concuerda con una que yo he recibido. Por lo tanto, ahora que ya nos hallamos conformes sobre este punto, pasemos á lo otro que le indiqué á usted antes. (Pausa. Devuelve la carta á

Mateo, que la guarda en el pecho.) En vista de su buena conducta se ha hecho usted acreedor á ser recompensado; por lo cual, desde este momento queda usted nombrado cabo, para dirigir los trabajos de los demás, y de esta forma irá usted recobrando poco á poco las fuerzas perdidas.

MATEO. (Con resolución.) Se lo agradezco á usted en el alma, y no sé con qué palabras expresarle mi gratitud... sin embargo, siento decirle que no puedo aceptar ese nombramiento que me propone.

ANDRES. (Admirado.) ¿Que no acepta el nombramiento, dice usted?

MATEO. Sí señor, pero agradeciendo su favor toda mi vida!

ANDRES. ¿Y por qué no lo acepta usted?

MATEO. (Con decisión.) Porque no podría cumplir esa misión conforme manda la ley, porque mi conciencia no me lo permite, ni mi modo de pensar lo aprueba. Soy bueno para hacerlo yo, porque mi sino es así, pero mandarlo hacer á otros desgraciados como yo, eso... jamás! (Queda pensativo.)

ANDRES. (Aparte.) Está decidido. Es inútil el querer convencerle. Vamos á tocar otro punto. (Dirigiéndose á Mateo.) De manera que no quiere ó no puede usted aceptar lo que le propongo?

MATEO. (Decidido.) De ninguna manera!

ANDRES. En ese caso voy á hacerle una segunda proposición, á ver si esta la acepta.

MATEO. Si me es posible la aceptaré con gusto.

ANDRES. Pues ponga un poco de atención á lo que voy á decirle. (Pausa.) Acabo de recibir una orden para que inmediatamente forme dos compañías, de penados voluntarios para salir al campo enemigo á defender la integridad nacional y nuestra bandera sacrosanta. Y los voluntarios penados que cumplan con su deber, serán premiados, según su comportamiento en campaña, con disminución de años de condena ó su completa libertad, si su conducta lo merece. Por lo cual he pensado que podía usted formar parte de una de esas compañías, por haber servido en las armas y por creerle en condiciones para cumplir este puesto... y quién sabe si de esto obtendría su libertad completa! ¿Qué le parece esta proposición? La cree aceptable? (Mateo calla, pensativo.) No me contesta usted?

MATEO. (Con desaliento.) ¡Qué triste es la vida mía! y cuán desgraciado soy!... hasta en esto me persigue mi fatal destino; pues me veo precisado por segunda vez á desechar sus ofrecimientos y acaso perder su estimación. (con sûplica.) Perdóneme mi desobediencia y compadézcame al mismo tiempo por caridad. Soy un mártir del destino y estoy en el mundo para sufrir, nada más que para sufrir.

ANDRES. (Con extrañeza.) ¿Qué está usted diciendo? Tampoco puede aceptar?

MATEO. Quisiera hacerlo solamente por complacerle á usted; pero no puede ser!

ANDRES. No comprendo el por qué no aceptar esta segunda proposición, á la cual no le ligará como la primera, ciertos reparos de conciencia.

MATEO. (Con calor.) Por esa misma razón es por lo que no puedo aceptar ni la una ni la otra, porque tengo conciencia de mis actos en la vida! (Entusiasmándose.) ¿Por qué razón he de ir yo voluntariamente á hacer daño á unos seres que á mí no me lo hacen? Y en qué podría yo fundarme para cometer tal felonía? En nada. (con arrogancia.) Por lo tanto, yo sería voluntario si se fuese á otras cosas más humanas y beneficiosas; pero para hacer mal, nada más que por hacerlo?... No! jamás seré voluntario... A esos sitios no se va más que por la fuerza y en contra de la voluntad de uno, como fuí yo á Cuba, pero voluntario, nunca!

ANDRÉS. (Aparte.) (Es todo un hombre). En vista de su firme negativa, me veré precisado á descubrirle mi secreto é intención. (Levántase y dirígese á la puerta; mira si hay alguno escuchando y vuelve al lado de Mateo. Este también se levanta y mira seguidamente lo que hace.) (No hay nadie.) (A Mateo.) No es éste momento oportuno para explicaciones. Empezaré por abrazarle cual se merece. (Mateo se separa.)

MATEO. ¿Qué va usted á hacer?

ANDRES. A estrecharle con el abrazo del amigo. (Mateo duda.) ¿Quiere usted pruebas de lo que le digo? (coge la carta de Rafael y se la enseña.) Mire. ¿Conoce usted esta letra? Confróntela con la que tiene en el pecho y vea si es igual: si es de nuestro amigo Rafael.

MATEO. (Trémulo, saca la carta y la coteja con la otra.) Ah! sí! es igual! No, no hay duda alguna! (con alegría, á don Andrés.) ¡Perdóneme! ¿Cómo había yo de creer?... que fuese usted... Si lo veo y no

acierto á... (Devuélvele la carta.

ANDRÉS. Déjese de cavilar inútilmente. Venga un abrazo, y á lo que nos interesa, que el tiempo es corto. (Se abrazan.)
Es menester que se presente usted como voluntario en el momento que se dé la orden de formar las dos compañías.

MATEO. Pero si yo...

ANDRES. Calle y atiéndame lo que le digo, y saldrá lo que deseo. No me interrumpa más.

MATEO. Ya le escucho á usted.

ANDRES. Admitido como voluntario, saldrá á operaciones contra el enemigo, y en una ocasión oportuna, que ya la buscaremos, figurará el nombre de usted como fallecido en campaña, y con un pasaporte en toda regla... (Mateo hace demostraciones de inteligencia.) irá á unirse á nuestros amigos que lo estarán esperando. Lo restante queda de nuestra cuenta; pues Rafael y yo, ya lo arreglaremos todo para que nos salga en bien este pensamiento.

MATEO. ¿Pero es cierto lo que dice? ó es que estoy soñando?

ANDRES. No es sueño, Mateo, no; es realidad todo lo que oye usted en este instante. Así es que hoy mismo escribiré á Rafael dándole instrucciones de mi pensamiento. Por lo tanto, amigo Mateo, hay que recobrar la calma, que el triunfo será nuestro.

MATEO. (Con agradecimiento quiere besar la mano á Andrés. Este la retira.) Le deberé á usted la vida.

ANDRES. No es á mí, es á nuestro amigo Rafael. Yo cumplo su deseo, pero lo cumplo á gusto, porque usted lo merece. Ahora cada uno á su puesto á cumplir su misión, usted como penado, yo como Director. Ahora, separémonos. (Abrázanse de nuevo. Toca el timbre y sale el capataz.) Lleve al penado á su departamento. (Saludan y salen.) Ahora, á trabajar

ESCENA SEXTA

Los mismos; luego, MATEO.

NÚM. 13. (Mirando el sitio de Mateo.) Mucho dura la conferencia. Qué será?

NÚM. 12. Quién sabe!

NÚM. 13. Ojalá sea para bien! Me alegraría como si fuera para mí.

NÚM. 12. Y yo deseo lo mismo. (Entra Mateo caviloso, y sin fijarse en nadie dirígese á su sitio.)

NÚM. 13. (Señalando á Mateo.) Miradle, ya está aquí. (Vuélvense todos.) Eh! catorce! ¿Qué os pasa que tan caviloso vais?

MATEO. (Parándose y sonriendo.) Dispensadme, compañeros, no me doy cuenta de lo que hago. No os había visto. Con vuestro permiso voy á sentarme; estoy muy fatigado. (Dirígese á su sitio y siéntase.) Venid aquí si queréis, amigos míos. (Acuden todos.)

NÚM. 13. (Con respeto.) Yo desearía hacerle una pregunta, si no era indiscreto.

MATEO. Puedes hacerla cuando gustes.

NÚM. 13. Es que sentiría el que no le pareciese bien.

MATEO. No, hombre, no; dila sin rodeos.

NÚM. 13. (Decidido.) Quería saber si la visita al Director había sido para bien ó para mal.

MATEO. De todo ha habido: malo y bueno; pues me ha amonestado por lo de esta mañana y al mismo tiempo me ha hecho la gracia, que no he aceptado, de nombrarme cabo.

NÚM. 13. Pues debía de haber aceptado, y de esa manera hubiera estado mejor.

MATEO. Así lo comprendo, pero yo no puedo mandar hacer á otros desgraciados lo que se me obliga hacer á mí. (Murmullos de aprobación.)

NÚM. 13. Hay que reconocer que es usted un hombre como hay pocos. (Todos aprueban.)

MATEO. En fin, dejémonos de esto y vosotros distraeros por ahí, porque sino se os pegará mi tristeza y será peor. (En este momento entran á encender el farol del dormitorio, y en el despacho entran un quinqué encendido.)

NÚM. 13. No, todo lo contrario: nuestro gusto es estar á su lado; tanto es así, que sino fuera porque se encuentra usted cansado, le diría que nos contara alguna cosa de lo que usted nos suele contar en las veladas.

MATEO. No me encuentro muy bien hoy para eso; pero sin embargo os daré algunos consejos, para que los tengáis siempre presentes en vuestra vida.

NÚM. 13. Sí! sí! hablad!

MATEO. Sentaos y empezaré. (Siéntanse todos.) Compañeros: Por nuestra desgracia unos, y otros por falta de ilustración, nos encontramos en este sitio maldito, hoy reunidos... Mañana... ¡quién sabe donde nos encontraremos! Por lo tanto, debemos aprovechar el tiempo en cosa útil y

provechosa para nuestro bien. De las palabras que voy á deciros, espero que cada uno recoja la parte que le corresponda para su enseñanza y enmienda en lo sucesivo. Así es, que si alguno de vosotros vino á parar á este sitio por falta de ilustración, bien sea por no haber tenido medios, ó por dejadez de sí mismo... la experiencia misma le enseña al que tal cosa le falta, que está expuesto á llegar á la situación en que se halla colocado. Y si algún otro de vosotros hubiese llegado á esta situación infame y bochornosa por culpa del vicio ó malas compañías, ya sabe también que de tales cosas nada bueno se consigue, sino el cuadro que presenciais por vuestra desgracia. Y si á otro le hubiera pasado que por darle horror el trabajo honrado y laborioso, se hubiera dedicado á infamantes mañas, yo le aconsejo que vuelva al trabajo, que es de donde dimana todo lo bueno y útil para él y sus semejantes. Como asimismo si alguno de vosotros, por querer figurar y dárselas de gran señor, hubiese hecho en la sociedad algunas malas acciones á sus semejantes y hasta llegar al crimen para lograr su deseo, yo le aconsejo que olvide para siempre ese vano orgullo y falsa quimera, y se arrepienta de su modo de vivir antiguo y acuda como oveja descarriada al rebaño de lo justo y natural, haciéndose honrado, laborioso y útil á la marcha progresiva del porvenir, que es el trabajo. Y si alguno por causa de su temperamento fuerte y sanguíneo hubiese cometido algún crimen en otro ser hermano suyo, debe procurar desde hoy en adelante el saber conseguir reprimirse ese temperamento violento y al mismo tiempo ilustrarse, para hacer el bien y mirar con horror y repugnancia todo aquello que sea bajo, rastrero é indigno y esté fuera de la ley de lesa humanidad! Tanto en lo que os llevo expuesto como todo aquello que esté colocado fuera de la razón y del deber, debéis borrarlo de vuestra memoria para siempre y sólo dar cabida dentro de vuestro ser á los pensamientos nobles y elevados que puedan engrandecer al hombre en esta vida. (con calor.) Para esto, sólo para esto hemos nacido, y no para hacernos mal los unos á los otros... (con entusiasmo.) El hombre, al nacer, al igual que la mujer, na-

cen perfectos y sin ninguna noción del mal ni del bien; mas luego la sociedad, corrompida por los vicios y las pasiones mal entendidas, les va infiltrando los gérmenes de la corrupción y la podredumbre, sin acordarse para nada de enseñarles las verdaderas leyes humanitarias sociales, por que debe guiarse para cumplir bien su cometido en la sociedad. (Pausa.) Sabéis para qué hemos venido á la vida? (Pensando.) Pues para ayudarnos los unos á los otros en todo, y amarnos como hermanos y considerarnos como una misma familia en todo el universo. Para esto hemos nacido, para el bien; pero al mismo tiempo traemos con nosotros, cuando nacemos, nuestros deberes y obligaciones que cumplir. Por esta razón todos, absolutamente todos, debemos poner nuestras tuerzas materiales é intelectuales, para que no nos falte lo necesario para la vida, sin mirar nunca, jamás! el beneficio propio solamente, sino el de la humanıdad entera! Por esta razón sacrosanta y bienhechora, todo aquel ser que huya del trabajo es un malvado digno tan sólo del más profundo desprecio! Ah! sí, compañeros de infortunio: tened en cuenta siempre estas palabras mías, que os las dice casi un moribundo, y olvidad vuestra vida pasada y pensad solamente en la nueva que os propongo, que es la vida del porvenir. (Pausa.) Si no podéis vosotros llevarlas á la práctica en todo, porque os encontrais aquí, remitidlas á vuestras mujeres ó hermanas, para que las infiltren en la inteligencia de vuestros pequeños descendientes, para bien de la humanidad! (Pensativo.) No sé si serán estas mis últimas palabras que os dirijo, pues me encuentro bastante mal. pero si muero, sabed que el que os ha hablado en este momento es un humanitario social, amante de la producción y bienestar de sus semejantes; y por lo tanto, siendo amante de la producción no puedo serlo, como la sociedad dice, de la destrucción. Ahora, amigos míos, pensad bien en todo lo que os he dicho, y dejadme solo; pues ya no puedo más; necesito descanso. (Déjase caer en el petate. Todos acuden á él estrechándole la mano, y el numero 13 se la besa.)

NÚM. 13. (Levantándose.) Compañeros, retirémonos á un lado y dejémosle descansar, (Se retiran al lado contrario y forman corro.) ¿Estáis convencidos? (To-

dos hacen signos afirmativos.) De quien tal piensa y tales consejos da, no puede ser otra cosa más que un mártir, como os tengo dicho. Ese hombre es un desgraciado, víctima de una infame calumnia, y pondría mi cabeza en una piqueta, de que es inocente de lo que se le acusa. (En este momento suena la corneta el toque para disponerse á dormir.)

NÚM. 12. Lo mismo digo yo que el número 13. (Todos hacen signos afirmativos.)

NÚM. 13. La corneta ha dado la señal de retiro, conque cada mochuelo á su olivo, y mañana será otro día. Ahora á descansar. (Cada uno se retira á su petate, lo arreglan y se acuestan. Suena otro toque de silencio.)

ANDRES. (Levantándose.) Basta por hoy. Ya han tocado silencio y es menester retirarse. (Entra el capataz y se lleva la luz y en el dormitorio se apaga el farol sólo, quedando la escena á osbcuras. En este momento entrará la ronda de vigilancia, compuesta de cuatro soldados y un cabo, el farolero delante de ellos haciendo luz; cuando la ronda va á desaparecer, telón.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Cuadro Primero

Representará una replaza de un bosque. En la parte lateral izquierda, en segundo término, una peña y debajo de ella, no visto del pûblico un papel blanco, que es la señal de que todo sale bien. Al foro figurada montaña y al fondo de ella, por encima, un camino por donde pasarán de derecha á izquierda don Andrés y Mateo, alumbrándose con una linterna. Mateo desfallecido y transfigurado en la ropa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Don ANDRES y MATEO pasando por el camino de derecha á izquierda.

ANDRES. Valor, Mateo, valor. Poco nos queda ya. El peligro ya pasó; ahora ya eres libre.

MATEO. (Estrechándole con efusión.) Gracias, amigo, gracias! ¡A cuánto te has expuesto por favorecerme! Jamás lo olvidaré!

ANDRES. Vamos, nos esperarán con impaciencia.

MATEO. Temo que la misma alegría me mate! (Prueba á andar y se detiene.) No puedo, me faltan las fuerzas para seguir adelante.

ANDRES. Animo! Poquito á poco, llegaremos. Un esfuerzo, caramba! que no se diga!

MATEO. (Recobrando ánimo.) ¡Vamos! (Retíranse por la izquierda, para luego aparecer entre la peña y montaña que figura camino.)

ESCENA SEGUNDA

Salen por la derecha RAFAEL, ANSELMO y MARIANO, juntamente con otros compañeros, alumbrándose con linternas.

RAFAEL. Ya hemos llegado. (Mirando á todos lados.) Esta es la replaza donde debemos esperar; ahora

busquemos la peña para saber la señal (Coge la linterna y mira en todas direcciones.) Allí está. (Dirígese con pricipitación á ella, la registra, sacando un papel blanco y lo muestra con alegría.) Mirad! Es blanco! Todo nos sale á medida de nuestros deseos. De un momento á otro llegará. (A Anselmo.) Pronto tendrás la dicha, amigo mío, de abrazar á tu bienhechor y padre. (Deja la linterna en el suelo.)

ANSELMO. (Estrechándole.) No sé de qué modo demostrarte mi profundo agradecimiento. Pero no olvidaré en la vida la felicidad que te debo.

RAFAEL. Bastante satisfacción es la mia, y con ella estoy bien pagado de poder contar con amigos como tú; pues como tú hay pocos. (Estréchanse las manos. En este momento suena un silbido. Todos se extremecen de alegría.) Ya están aquí! (contestan con otro silbido,) Anselmo! Aquí los tienes ya! (con alegría. Anselmo quiere salir al encuentro, pero Rafael le contiene.) Calma, amigo mío, calma! Comprendo tu impaciencia, pero pronto llegarán. (Preséntanse por entre peña y montaña don Andrés y Mateo.)

ANDRES. Ya hemos llegado! (Mirando.) allí están!

RAFAEL. (Al ruido dice Anselmo.) Aquí lo tienes. Abrázalo! (Anselmo corre hacia Mateo y este hacia Anselmo.)

ESCENA TERCERA

Los mismos, Don ANDRES y MATEO.

ANSELMO. Mateo! Padre mío!

MATEO. Hijo! (Abrázanse con efusión y permanecen largo rato abrazados. Don Andrés y Rafael hacen lo propio. Don Andrés se aparta y deja la linterna en el suelo y los separan.) (A Anselmo. Todos rodean á Mateo.) Hijo mío! Compañero fiel! No creí jamás llegarte á abrazar como lo hago en este momento! (A los demás.) Como tampoco tener la dicha de estar rodeado de tan buenos amigos. (con resignación.) Ya puedo morir si ha llegado mi hora. Moriré á gusto contemplándoos á todos con placer.

ANSELMO. (Con entusiasmo.) ¿Qué dice usted de morir? No piense en tal cosa. (Todos hacen signos afirmativos.) Solamente en recobrar la salud y la alegría es en lo que debe pensar.

RAFAEL. Ya se procurará que recobre usted pronto la salud, que á todos nos interesa, (Dirigiénose á todos.) Mas... estamos perdiendo un tiempo precioso que nos hace falta, (A Mateo.) y este relente no le es á usted nada favorable; así es,

que si se encuentra con ánimos, podemos emprender la marcha.

MATEO. Cuando lo creáis oportuno, podremos partir; pues ya me encuentro más aliviado. (A Anselmo.) Mas antes de partir, dime, hijo mío, por más que ya me lo dice el corazón. ¿Quién es Rafael?

ANSELMO. (Señalándole.) Ese es nuestro protector y á quien debemos nuestra dicha presente.

MATEO. (Levantándose.) Déjeme un momento contemplar bien su rostro, para no olvidarle jamás, y estrechar esas manos protectoras, que tan feliz me hace en este instante! (Dirígese á él.)

RAFAEL. (Con entusiasmo.) A mis brazos, hombre honrado y martir del destino; es donde deseo que acuda usted para poder un momento venerar al apostol del porvenir! (Abrázanse. Los demás se secan los ojos.) Y si hasta ahora tenía un hijo, desde este momento tendrá dos que sabrán cuidarle con cariño y veneración. (Abrázanse los tres con efusión.)

ANDRES. (Limpiándose los ojos y acudiendo á ellos.) Basta, queridos amigos; el tiempo pasa sin notarlo nosotros, y es preciso no perderlo.

RAFAEL. (Volviendo á la realidad sin soltar á Mateo.) Ah! sí, tienes razón. Es preciso partir de este sitio antes que se haga de día.

ANSELMO. (Con cariño.) Apóyese bien en nuestro hombro, y así irá usted mejor. (Se apoya en los dos.)

RAFAEL. (A Andrés.) Ahora tú danos un abrazo de despedida, y á cumplir tu deber, que nunca olvidará tus hermanos lo que te deben.

ANDRES. Os acompañaré hasta la salida del bosque, y allí me despidiré de vosotros.

RAFAEL. Pues andando, que el tiempo urge. Animo, padre, que pronto llegaremos y descansará usted. (Se retiran por la derecha los tres en grupo, despacio, seguidos de los demás.)

MUTACIÓN

Cuadro Segundo

Telón corto, representando una calle de Barcelona.

ESCENA UNICA

Sale RAFAEL precipitadamente; luego MATEO, ANSELMO, MARIANO y el otro compañero; despacio MATEO, solo y sin apoyarse en nadie. Todo en calma, prra dar tiempo al cambio de decoración,

RAFAEL. (Pensativo, parándose.) Tomaré un coche y de este modo llegaré más pronto y así tendré tiempo de prevenir á María, de la llegada. No hay que perder un momento. (Sale por la izquierda precipitamente. Momentos largos de espera. Aparecen por la derecha Mateo, Anselmo, Mariano y otro compañero.)

ANSELMO. ¿Se encuentra usted con ánimos para ir á pie hasta casa? O tamaremos un coche?

MATEO. No es necesario, iremos á pie; me encuentro bastante bien, y poco á poco llegaremos. De esta forma respiraré por el camino los aires de esta población que tan tristes recuerdos guarda para mí.

ANSELMO. Lo que mejor le parezca á usted. Vamos pues.

MATEO. (Con alegria.) ¿Sí vamos? (Salen despacio por la izquierda.)

MUTACIÓN

Cuadro Tercero

Una sala amueblada convenientemente como casa desahogada de un escritor, pero sin lujo. A la derecha puerta de entrada á la habitación de María. Al foro, centro, puerta de entrada; á la izquierda un sofá y sillas; detrás del sofá, balcón. Dos puertas laterales en segundo término. Al levantsrse el telón, escena desierta.

ESCENA PRIMERA

MARIA, luego RAFAEL y OBRERO. María saliendo por la derech, transformada por completo, en consonancia con la casa que habita, sin lujo, pero decentemente vestida de luto. Luego Rafael, que entra, deja el sombrero encima de una silla.

MARIA. (Asomándose á la puerta.) No han venido todavía. (Entra en escena.) Su tardanza me tiene nerviosa

é intranquila, por si les ha ocurrido algún percance imprevisto. (con confianza.) Mas no! Si les hubiera ocurrido alguna cosa, ya me lo hubiera comunicado, como quedamos Rafael y yo... ¡Qué tonta soy en atormentarme de este modo! (Escuchando.) Un carruaje! Y se ha parado en la puerta. Serán ellos? Veamos. (Dirígese á mirar al balcón. Con horror.) ¿Que veo? Rafael solo! Todo se ha perdido! (con desesperación dirígese á la puerta de entrada.)

RAFAEL. (Entrando.) Hermana mía! Tú aquí! (Abrázanse.) Nos esperabas, verdad? Comprendo tu impacencia, pero...

MARIA. (Con desaliento.) No sigas. Sé lo que vas á decirme. Hasta en esto soy desgraciada!

RAFAEL. (Con extrañesa.) Pero ¿qué dices? Te has vuelto loca? Por qué eres desgraciada? Ahora que vas á tener la dicha de abrazar á tu fiel amigo y protector.

MARIA. (Con alegría.) ¿Pero se ha salvado?

RAFAEL. Sí, mujer, sí; y á eso he venido, á prevenirte su llegada.

MARIA. (Con satisfacción.) Respira, corazón, que al fin tendrás la dicha de arrodillarte á las plantas del hombre que por tu causa tanto ha padecido. (A Rafael.) Y dime, ¿cómo le habéis encontrado? ¿Está bien? ¿Ha sufrido mucho, verdad? (Implorando.) Cuéntamelo todo, Rafael.

RAFAEL. Calma, calma, que todo lo sabrás, pero no ahora; pues de un momento á otro van á llegar y él no sabe que estás aquí.

MARIA. Pero dime, ¿te ha preguntado por mí?

RAFAEL. Sí, mujer, sí; muchísimas veces y desea verte, con delirio.

MARIA. ¿Luego no me guarda rencor por ser yo la causa de su desgracia?

MARIA. Ese hombre no guarda rencor á nadie, y menos á tí, que eres inocente del mal que le has hecho, sin tú quererlo hacer.

MARIA. (Con ansiedad.) Y... oye...

RAFAEL. (Interrumpiéndola.) Pero hermana mía... ¡no ves que se presentarán aquí y es preciso que no te vea tan pronto.

MARIA. (Con cariño y respeto.) No te enfades conmigo, Rafael, comprende mi deseo.

RAFAEL. (Con cariño.) Vamos, vamos; (Llevándosela.) si yo no me enfado; es que es necesario que no te vea.

UN OBRERO (Presentándose en la puerta.) Ya están aquí.

RAFAEL. (Con precipitación, á María.) ya lo ves... pronto, escóndete... y no cometas ninguna tontería, sabes?

MARIA. (Con humildad.) Sabré contenerme.

RAFAEL. Confío en tu palabra. Entra, ya te avisaré. (Entra en su habitación.)

ESCENA SEGUNDA

RAFAEL, MATEO, ANSELMO y trabajadores.

RAFAEL. (Dirigiéndose á la puerta.) Por aquí, padre, por aquí (Entra Mateo, sostenido por Anselmo y Mariano, seguido de los trabajadores. Rafael ocupa el lugar de Mariano; lo sientan en el sofá.)Qué ¿cómo van esas fuerzas y esos ánimos?

MATEO. Me encuentro mejor y más animoso. Pero estoy muy débil.

RAFAEL. Poco á poco se va lejos. Ya venceremos esa debilidad que tiene usted. (Saca un frasquito del bolsillo.) Beba un poquito, que esto le dará las fuerzas que le faltan. (Mateo toma el frasco, bebe y se lo devuelve.) ¿Qué experimenta usted ahora?

MATEO. No sabré explicártelo bien... pero cada vez que lo bebo experimento una especie de corriente eléctrica por todo mi ser, que me deleita y da vida á mis órganos, muertos hace mucho tiempo.

RAFAEL. (Con entusiasmo.) Tenga ánimos, que no tardará mucho tiempo en estar tan ágil y fuerte como nosotros. Yo se lo prometo.

MATEO. No sé cómo pagaros tantas muestras de gratitud para conmigo.

RAFAEL. ¿Cómo? Muy sencillamente: queriéndonos y no apartándose de nuestro lado nunca, para lo cual debe usted vivir en nuestra compañía. (A Anselmo.) ¿No es esto, hermano?

ANSELMO. Sí, Rafael; esto deseamos, y nuestro padre nos lo concederá con creces (A Mateo.) Verdad?

MATEO. (Con entusiasmo.) Sí, hijos míos, no lo dudéis; siempre tendréis en mí un padre agradecido y un amigo fiel, y no me apartaré de vuestro lado, á no ser por la violencia ó por la muerte! (Rafael y Anselmo le abrazan.)

ANSELMO. Oh! gracias!

RAFAEL. No sabe lo felices que nos hace con tal promesa.

MATEO. (Recordando.) Mas os tengo que advertir que hay otro ser al cual no quiero abandonar ni

quitarle mi estimación y aprecio; pues es acreedora á él por sus desgracias. (Rafael y Anselmo se hacen señas de inteligencia, como comprendiendo por quién lo dice.)

RAFAEL. Ya comprendo quién desea usted que comparta con nosotros su cariño. De esta forma seremos tres, y la niña...

MATEO. (Interrumpiéndole con decisión.) Y la niña, cuatro... (Entusiasmándose.) ¿Qué culpa tiene ese ser inocente, de los delitos de su infame padre? (Pidiendo clemencia.) ¿No es verdad, hijos míos, que vosotros no miraréis de dónde proviene y la apreciaréis como si fuese vuestra hermana?

ANSELMO. (Con calor.) ¿Y lo duda usted, padre?

RAFAEL. Nos ofendería si tal cosa pensase de nosotros! Dejaríamos de ser lo que somos si mirásemos tales cosas. Eso es bueno para esos ignorantes que viven llenos de preocupaciones en la cabeza, pero á nosotros no; pues somos lo contrario de ellos: aborrecemos al criminal y apoyamos al inocente.

MATEO. (Abrazando á los dos.) Hijos míos, estoy orgulloso de consideraros como á tales. ¿Qué padre tendrá la dicha que yo experimento en este instante? ¡Ay! si llegase un día que esto que pasa aquí en este momento fuera general en todas partes! Qué felices serían todos y qué bién se viviría en la vida! (Pásase la mano por la frente.) Mas esto es un sueño hijos míos! que nosotros no veremos, y no sé qué decir de los que vengan detras, si conseguirán verlo dentro de la realidad.

ANSELMO. (Con entusiasmo.) ¡Ya lo creo que lo conseguirán!

RAFAEL. (Con capacidad.) Yo creo, por mi parte, que se llegará á conseguir; pues ello de por sí mismo se impone. Tiene en su favor la razón, verdad y derecho, que lo protege, más, la justicia del curso del universo de la vida, que lo impondrá sin remedio. ¿Cuándo? No podré decirlo; pero que llegará, no me cabe duda alguna. ¿En qué me fundo? En los hechos mismos de la marcha de la sociedad, y pondré ejemplos por mí mismo; pues como yo, hay muchísimos completamente convencidos de la verdad de nuestra causa y de la necesidad de implantarla cuanto antes, para bien de la humanidad y felicidad de sus seres. (Pausa.) Esto que me ha pasado á mí, ha sucedido á muchísimos, por lo cual no hay duda alguna que se va hacia adelante y que el triunfo

será nuestro. Que hay que trabajar muchísimo, no hay duda alguna; que tenemos en contra nuestra un enemigo fortificado. con toda clase de armas incluso el dinero y la calumnia, lo sé! pero también sé que nosotros vamos adelantando muchísimo de algunos años á esta parte; pues no son solos los obreros manuales los que luchan, no! nos acompañan también los obreros intelectuales en todos los ramos del saber humano. (Pausa.) Tanto es así, que hoy en la presente contamos en nuestras filas príncipes, condes y marqueses, que han dejado de serlo por su propia voluntad, porque han visto y comprendido la razón de nuestras quejas y lo justo de nuestras pretensiones, más los deseos en bien de la humanidad. (Pausa.) Al estudiarnos y ver la luz de la razón y del derecho, han abandonado á los suyos por tiranos, acudiendo á nosotros por amantes del bien universal! (Pausa.) Y por último, en los centros científicos y congresos de todo el mundo, ya se preocupan algo de nosotros en nuestro beneficio, hoy con palabras... mañana no tendrán más remedio que pensar en los hechos, porque los impondremos nosotros y la razón. (Pausa.) No tengo duda que nuestros enemigos se defenderán hasta el último momento, pero tengo la convicción copleta de que los venceremos por la misma razón de nuestra causa. Ya nos pongan vallas, las cuales saltaremos, ya introduzcan entre nosotros á malvados para que cometan fechorías en nuestro nombre, para desacreditarnos, ya se valgan de todos los medios que la mala fe les aconseja. Todo, todo les será inútil; pues la misma verdad de nuestra causa, sin otras armas de combate que la razón, la justicia y el bien común de todos los seres del universo, los vencerán para siempre! (Todos le abrazan con entusiasmo,)

MATEO. (Abrazándoles.) Me late el corazón y se ensanchan mis pulmones al sentirte hablar con tal entusiasmo y convicción!. (Quédase Mateo pensativo y Rafael le observa.)

RAFAEL. ¿En qué piensa usted?... Acaso duda de ello?

MATEO. No! no es eso, te creo según lo dices: es que pensaba en este momento en otra cosa que hemos olvidado con nuestra conversación y entusiasmo, y debemos acudir á ella. Ya os figu-

raréis lo que quiero deciros. (Todos hacen signos de inteligencia.)
Dónde está? Vamos á buscarla. (Disponiéndose á marchar.)

RAFAEL. (Interponiéndose.) Pero á dónde va usted, encontrándose tan débil? (Le hace sentar.) Tenga calma, que pronto la verá usted! pues de un momento á otro llegará para abrazarle y pedirle perdón por el mal que le causó sin quererlo.

ESCENA TERCERA

Dichos y MARIA.

MARIA. (Asomándose.) No puedo más! (Anselmo la ve y sin notarlo Mateo se dige á ella y la detiene aparentando aconsejarla calma.)

RAFAEL. Pero es menester que usted no se impresione mucho y tenga juicio. (María hace demostracionos.)

MATEO. Te doy palabra de que seré juicioso y no me propasaré á nada que me perjudique. (Maria y Anselmo gesticulan con los brazos.)

RAFAEL. En esa confianza que me da, la verá usted en el momento que llegue; así pues, váyase previniendo para su llegada; (María y Anselmo se dirigen á la puerta para aparentar qne llegan de la calle.) pues creo... (Escuchando,) que ya entran... Mírela usted! Aquí la tiene! (María se arrodilla á los pies de Mateo; este le coge la cabeza y la besa largo rato.)

MARIA. (Implorando.) Perdón! perdón por lo que ha sufrido usted por mi causa, sin ser yo la culpable!

MATEO. (Levantándola ayudado de Rafael y Anselmo.) Levántate, desgraciada criatura. Siéntate á mi lado para contemplarte á mi gusto; que has venido al mundo á padecer, como yo, las crueldades que en él subsisten. (María se sienta; Mateo la coge de la mano.) Así es que no sé de qué me pides perdón en este momento. ¿Acaso tienes tú la culpa de lo que ese malvado ha hecho conmigo? (María hace signos negativos.) No! pues entonces, de qué me pides perdón, si en nada me has delinquido? si tú eres otra víctima de la fiereza de ese tigre de la sociedad, al cual aplastaré para que no pueda hacer más víctimas donde saciar sus apetitos de fiera sin corazón! (con arrebato.) Yo te aseguro que no tardará mucho tiempo en recibir su merecido castigo, pues no

quiero que cometa más infamias, que bastantes ha cometido!

RAFAEL. Calma, calma. Le he prohibido á usted que se emocione, y no me cumple su palabra.

MATEO. Ah! sí! (*Recordando.*) Debo tranquilizarme para recobrar las fuerzas perdidas! lo había olvidado, pero me enmendaré! La niña, dónde está? (*A María.*) Quisiera verla... ¿Por qué no la has traído contigo?

RAFAEL. Padre, no tiene necesidad de traerla; pues la tiene aquí en esta casa, que es la de María y la nuestra.

MATEO. (*Con extrañeza.*) ¿Qué dices? ¿Cómo es que nada me habíais dicho de esto?

RAFAEL. Por evitarle á usted la primera impresión, pero todos vivimos en esta casa: Anselmo, María la niña y yo. Hemos formado familia y sólo nos faltaba el padre y ya lo tenemos á nuestro lado.

MATEO. (*Con entusiasmo.*) Venid, hijos míos, que yo os veneraré y seréis mi amparo en esta triste vida. Mas ayudadme á levantar y conducidme á ver á la niña.

RAFAEL. Sí, ahora le llevaremos á usted á ver á la niña, y luego almorzaremos. (*Los tres levantan á Mateo.*)

MATEO. (*Con alegría.*) Corriente. (*Cógese del brazo de María y de Anselmo.*) Vamos, vamos pronto! (*Se dirigen á la habitación de María seguidos de Rafael y los trabajadores.*)

RAFAEL. (*Andando.*) Ya resplandece la alegría en sus ojos. ¡Le hemos salvado!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Cuadro Primero

Una ealle por donde circularán grupos de obreros que se dirigen á un meeting, gesticulando con calor y entusiasmo, saliendn de izquierda á derecha. y guardias.

ESCENA PRIMERA

Don AGUSTIN, saliendo de derecha á izquierda, tropezando con lós obreros del tercer grupo.

AGUSTIN. (Furioso al tropezar.) No sé por qué se dan estos permisos á esta canalla para reunirse y decir mil picardías de nosotros. (Dirigiéndose á los obreros.) Lo que es si yo pudiera... os aseguro que no os reuniríais más, ni interrumpiríais la vía pública... Pero está visto: esto cada día va de mal á peor. No sabe reprimir con mano fuerte quien debía hacerlo, á esas turbas de vagabundos y borrachos! (Pensativo.) Mas no sé que me pasa cada vez que se celebran estas reuniones... que me parece ver aparecer entre ellos hacia mí, en ademán amenazador, á Mateo, pidiéndome cuentas de mi pasado. (Animándose.) Pero qué tonto soy en pensar en estas cosas. Debo olvidarlo como si no hubiera existido en el mundo tal sugeto; pues por suerte mía, hace tres días recibí aviso de que dicho individuo ya no existe; pues tuvo la quijotada de morir defendiendo la patria! (con burla.) Vamos hasta para morir fué tonto! Siempre metiéndose en lo que no le importaba. (Riéndose.) Ja! ja! ja! Esto les pasa á los que quieren meterse en todo, echándolas de redentor, sin premeditar las consecuencias que les pueden sobrevenir. (Vuélvese al sentir pasos.)

OCTAVIO. (Saliendo por la izquierda y reparando en don Agustín.) Calle! usted por aquí y en este bureo de gente!

AGUSTIN. (Con hipocresía.) Me fué preciso acudir al consejo de la Cofradía, y por esta razón me he encontrado entre esas turbas de solapados... Mas ¿usted donde se dirige? Mire que se va á meter dentro del fuego!

OCTAVIO. (Haciendo demostraciones.) No me meteré, pues dejaré mi diligencia para otro día, y ya que he tenido la dicha de encontrarle, le acompañaré y hablaremos sobre la peregrinación á Roma, y de otros asuntos que nos interesan á los dos.

AGUSTIN. Si le parece á usted, podríamos retírarnos de aquí; pues viene gente de mala catadura hacia este sitio.

OCTAVIO. Vamos. (Se cogen del brazo y vánse por la izquierda. Momento de pausa.)

ESCENA SEGUNDA

MATEO, RAFAEL, ANSELMO, MARIANO y trabajadores. (Salen por la izquierda, en grupos; Mateo completamente restablecido, en trage adecuado al obrero en día de fiesta; los demás con blusas, menos Rafael, que va como periodista.

RAFAEL. (Entrando y aparte á Mateo.) ¿Le ha visto usted?

MATEO. Sí, y en verdad que no sé cómo he podido contenerme!... Quién es el otro que le acompaña? (Los otros figuran discutir aparte.)

RAFAEL. Ya se lo diré en otra ocasión; pues tiene larga historia y es visita asidua de la casa. (Pasan grupos de obreros.)

ANSELMO. Padre ¿qué le parece el movimiento? le agrada?

MATEO. Hombre, sí ¿por qué no decirlo? Veo otra cosa muy diferente que antes, la verdad.

MARIANO. Es que antes estábamos más ciegos que hoy, y los obreros van abriendo los ojos á la razón. (Continuan pasando obreros.)

MATEO. Dices mucha verdad... pues tú mismo lo demuestras con tu presencia á nuestro lado; tú que tanto me has contradecido cuando yo te aconsejaba las sendas por donde debías seguir.

MARIANO. Los desengaños y las malas acciones recibidas me hicieron comprender, aunque tarde, el mal camino que llevaba y lo ciego y falto de luz que estaba... Hoy me arrepiento, cada vez más, de los malos ratos que le he hecho á usted pasar, y no me cansaré de perdirle perdón por mi falta.

MATEO. De nada tengo que reprocharte, Mariano. Aquello no lo hacías tú, lo hacía tu misma ignorancia. (Cambiando de conversaeión.) Pero dejemos esta conversación y vamos al meeting; pues tengo ganas de llegar por ver la impresión que me causa. (Cogiendo á Anselmo del brazo.) Vamos! (Echan á andar hacia la derecha, pero en este momento salen Enrique, Domingo y los demás obreros detrás por la derecha.)

ESCENA TERCERA

Dichos, ENRIQUE, DOMINGO y trabajadores.

ENRIQUE. (Saliendo por la derecha con Domingo y obreros.) Es inútil que os molestéis; (Páranse todos.) pues se ha suspendido el meeting para otro día.

ANSELMO. (Con extrañeza.) ¿Y eso, por qué?

ENRIQUE. No podré decíroslo; pero colocados en la pendiente en que nos encontramos, el no seguir adelante sería demostrar falta de convicción, y cobardía. Por lo tanto soy del parecer que se siga hasta el último momento, resulte en bien ó en mal para nosotros, pero al menos, que sepan que tratan con hombres y no con chiquillos. (Aplausos,)

DOMINGO. En vista de la declaración del compañero Enrique, más la de otros compañeros que he oído, veo que se encuentran casi todos convencidos de la necesidad de seguir la huelga. Yo también lo creo así, pero no en la forma en que la estamos haciendo, sino en otra forma que no creo oportuno deciros en este momento, pero que vosotros ya comprenderéis. (Pausa.) Así es que, ya que con nosotros se cometen atropellos sin dar nosotros motivos para ello, yo desearía que tomáramos acuerdos concretos y decisivos, para contrarrestar la fuerza de nuestros explotadores, y no ceder ninguno hasta conseguir lo que deseamos, cueste lo que cueste y dure lo que dure; y cuando veamos que no se consigue nada por la buena, entonces... no os digo más. (Algunos aplauden.)

ENRIQUE. (Entusiasmado.) Estáis conformes en que siga la huelga? (Algunos.) Sí! sí! (Mateo hace signos contrarios.) Pues entonces adelante, y venga lo que venga.

MATEO. (Sin poder contenerse.) Compañeros: antes de tomar resoluciones extremas, oid lo que voy á

deciros. (Todos atienden.) No sé si lo que os diré será de vuestro agrado; pero sea ó no sea, tened en cuenta, compañeros, que lo que os diga serán palabras nacidas del corazón y de mi buen deseo para vosotros. Así es, que voy á exponeros clara y brevemente lo que deseo y opino que debéis hacer en las actuales circunstancias. (Pausa.) Vamos á ver: Siguiendo la huelga según vosotros queréis... ¿qué conseguiríais? Decidme: qué conseguiríais hoy por la presente? (Pausa.) Yo os lo diré lo que conseguiríais. Por lo pronto muchas privaciones, disgustos y atropellos, y por último, porque no os encontráis en condiciones para otra cosa, tener que doblar la cerviz ante vuestros enemigos, los cuales luego de vuestra derrota se mofarían de vosotros al ver que no podíais sobreponeros á sus colosales fuerzas. (Con entusiasmo.) No, compañeros, no! Hoy las huelgas son explotadas en contra vuestra, en la forma que las hacéis. Es menester mirar al fondo del asunto y no á la superficie; la misma experiencia de los hechos os lo enseña. Estudiad, compañeros, y lo veréis como yo lo veo, claro y palpablemente. ¿No véis vosotros con las armas que os combaten? no véis que al llegar á conseguir alguna pequeña mejora si triunfáis alguna vez, al momento os suben los comestibles á doble precio, y la vida os resulta más cara que antes?... (Pausa.) ¿No lo véis todo esto que os digo, compañeros? Qué conseguís con estas cosas que os beneficie? Nada. Cada día os encontráis peor, y muchos compañeros nuestros en la desgracia ó fuera de la vida!... (Pausa.) Pues bien, yo os aconsejo por el presente, que desechéis tal idea, pero en cambio, que acudáis al estudio social y humanitario, y con vuestras pequeñas fuerzas fomentéis centros de estudio donde podáis adquirír conocimiemtos que hoy ignoráis por completo; como asimismo, procurad enseñar á vuestros descendientes á que procuren hacer bien á sus semejantes y aborrecer todo aquello que interrumpa la marcha del progreso, que es la luz universal. Para lo cual no hay mejor cosa para conseguir esto, que poner vosotros el ejemplo, no acudiendo á sitios fementidos y viciosos, despreciando ciertos espectáculos fuera de la razón y del buen ver, como son las corri-

das de toros, los bailes flamencos y otros de ese jaez; mirando con desprecio las tabernas y casas de juegos prohibidos y otros sitios como estos, que están colocados dentro del vicio y la corrupción; procurando frecuentar diariamente las Academias, Centros científicos y otros Centros de enseñanza; Acudiendo á los Ateneos y Sociedades donde se den conferencias científicas y literarias; visitando museos, bibliotecas y todos aquellos sitios donde se pueden adquirir conocimientos útiles y beneficiosos... y por último, mirarse todos en general como hermanos y saberse respetar los unos á los otros como la razón lo aconseja y el sentido común reclama. (Pausa.) Como así mismo debéis aconsejar á vuestras mujeres é hijas, á que el deber de toda mujer honrada y virtuosa, es cumplir estrictamente las obligaciones de la casa y el aseo en la familia, por lo cual se las hará ver que no las es conveniente el visitar, perdiendo el tiempo en balde, ciertos sitios que al parecer son buenos, pero que, profundizándolos, resultan el escarnio de la mujer y del siglo en que vivimos... (Pausa.) Y si los consejos y razones no valieran, imponerse con el derecho que da la razón y el deber de jefe de familia, no consintiendo bajo ningún pretexto el que se pise ni los umbrales de semejantes sitios, dedicados, según ellos, al bien, pero practicando, según la razón y los heehos, sólo el mal. De esta forma, muchas ganarían lo que muy bien pueden perder, y vosotros no perderíais nada, sino muy al contrario; yo os lo aseguro. (Pausa.) Cuando hayais conseguido implantar todos estos beneficios en vosotros y en vuestras familias... entonces sí que podéis pensar... no en la huelga, ¡esto es poco; en algo más grande y colosal: en la transformación de la sociedad presente, formando la de la justicia, la razón y la verdad, y entonces lo conseguiréis; tenedlo por seguro. Pero mientras tanto no consigáis estas mejoras que os digo, sólo conseguiréis con lo que lleváis á la práctica, prisiones, destierros y mucha hambre, sino llegamos á la barbarie. (Pausa.) Antes de hacer, saber lo que se hace; esta es la obligación del hombre social en la vida, y no él mismo buscarse su perdición y su ruina, sino buscar su prosperidad y su dicha. (Pausa.)

Esto es lo que deseo y opino que debéis hacer por lo presente. Estudiarlo y premeditarlo con detenimiento, y si vierais de vuestros análisis que estoy confundido, tenedme lástima, y si no lo estuviera, apreciadme como compañero y hermano universal. Salud! (Todos aplauden y le estrechan á porfía; retirándose por la izquierda sólo queda el grupo de Mateo. Momentos de espera.)

ESCENA CUARTA

MATEO, RAFAEL, ANSELMO y varios obreros.

ANSELMO. (Con entusiasmo.) Usted siempre será el mismo y no cambia su temperamento nervioso; siempre interponiéndose entre el despotismo y la razón.

RAFAEL. La verdad es que ha estado usted sublime. En mi vida he oído discurso más corto y lleno de verdades

MATEO. Porque hablaba el corazón y no la cabeza, como hacen los oradores de oficio.

ANSELMO. Lo cierto es que ha dado usted una lección, que dará su fruto en tiempo no muy lejano.

MATEO. ¡Ojalá fuera así! y siguieran mis consejos, que os aseguro que pronto caería por su propio peso la sociedad hipócrita en que vivimos. (En este momento entran por la izquierda Alfredito y su amigo.)

ESCENA QUINTA

Dichos, ALFREDITO y su amigo.

ALFREDITO. (Le dice á su amigo fijándose en Rafael.) Mira á Rafael dónde está! De seguro que está cumpliendo su obligación de periodista, como el dice. ¡Pobre chico! Lástima le tengo de ver que se ocupa en tales cosas. Voy á llamarle. ¡Rafael! ¿Qué haces ahí con esa gente? (Todos hacen demostraciones de desagrado.)

RAFAEL. (Haciendo señas á sus compañeros, acércase á Alfredito.) Pues tomando apuntes para el periódico! ¿Y á tí qué te trae hoy por estos sitios? (Mateo atiende á la conversación; los demás figuran hablar aparte.)

ALFREDITO. (Con desdén.) Matar el tiempo, chico, y de paso ver si cae alguna conquista amorosa nueva... porque ya me voy fastidiando de las que tengo.

RAFAEL. ¿Tantas tienes?

ALFREDITO. Tres, y entre ellas una modistilla que vale un Perú. Pero ¿qué quieres que te diga?... ya me voy cansando de ella. Es demasiado simple; siempre me está hablando de lo mismo... Amor y más amor, y siempre el amor por medio, como si fuéramos á representar una escena de *Don Juan Tenorio*. El demonio que la aguante, que yo no la aguanto más. (Señalando.) Ahora llevo aquí á mi amigo á verla, por si acaso le gusta, y si es de su agrado se la traspaso á cambio de una cena para los amigos esta noche.

MATEO. (Con horror.) (Qué degradación más horrible de la humanidad.)

ALFREDITO. ¿Qué, te vienes con nosotros á verla? (con desfachatéz.) A ver si te gusta á tí también y os la disputáis entre los dos!

MATEO. (Enfadado.) Si no fuera por manchar mis manos, le abofetearía ahora mismo.

ALFREDITO. Pero qué? Te has quedado bobo!

RAFAEL. (Aparentando tranquilidad.) Nada de eso: es que estaba pensando si os podía acompañar ó no; pero no me es posible de ninguna manera, porque tengo muchísimo que hacer.

ALFREDITO. Lo que quieras, chico; si no vienes, adiós. (Párase de pronto.) Ah! Me había olvidado de decirte que mañana por la noche hay reunión en mi casa y espero verte en ella. ¿Irás?

RAFAEL. Ya veremos si puedo. Si mis ocupaciones me lo permiten, iré.

ALFREDITO. Pues hasta mañana si nos vemos. (Retírase cantando, cogido del brazo del amigo.)

ESCENA SEXTA

Dichos, menos ALFREDITO y su amigo.

RAFAEL. (Mirándole.) Trabajo me ha costado el contenerme. (Vuélvese hacia el pùblico.)

MATEO. (Acercándose precipitadamente á Rafael; los demás también.) ¿Quién es ese miserable que así se burla de la inocencia?

RAFAEL. ¿No le ha conocido usted?

MATEO. (Recordando.) Quiero reconocerlo, pero no recuerdo en este momento de qué.

ANSELMO. Y á mí me pasa lo mismo.

MATEO. (A Rafael.) ¿Pero tú que lo sabes... quién és?

RAFAEL. ¡Calma, amigos, calma; ahora vais á saberlo!

Ese jovencito, profesor en lides de amor, es hijo de vuestro enemigo más encarnizado! Es hijo de don Agustín.

MATEO. (Poniéndose las manos en la frente.) ¡Horror! Maldita seas, raza infame! (Con desesperación.)

ANSELMO. (Con ironía.) Ahí tenéis un hijo que no reniega de su padre. De tal rama tal astilla; no en vano quería yo reconocerlo.

MATEO. (Con decisión.) Rafael; es preciso ir mañana á esa reunión que dan esos miserables. Yo te acompañaré.

RAFAEL. (Sobresaltado.) ¿Qué dice? Acompañarme usted á esa reunión? ¡Jamás!

MATEO. Pero...

RAFAEL. (Resuelto.) Le digo á usded que no, padre.

MATEO. (Insistiendo.) Pero óyeme y ten calma. Yo te explicaré, y verás como te convences de que debemos ir á esa casa los dos.

RAFAEL. Es inútil; no me convencerá usted nunca.

ANSELMO. (Interrumpiendo.) Pero hombre, déjale explicarse, y luego de saber lo que se propone, podrás apreciar si puede ir ó no.

MATEO. (Dirigiéndose á todos y cogiendo del brazo á Rafael.) Retirémonos de aquí y vámonos á casa. Por el camino te explicaré lo que me propongo hacer mañana por la noche en esa reunión. (Retíranse por la izquierda seguidos de los demás.)

MUTACIÓN

Cuadro Segundo

Gran salón de fumar, adornado con todo lujo, en el palacio de don Agustín, en noche de rennión de la alta sociedad; á la derecha, dos puertas; á la izquierda, balcón en primer término; al foro, en el centro, puerta de entrada, alumbrada por detrás, aparentando salón de baile; á los lados de la puerta, cansolas con candelabros; las puertas, con cortinajes; sillería de lujo; sofá delante del balcón; delante del sofá un velador, sobre el cual habrá un timbre; sobre la consola derecha una caja de cigarros puros; butacas en primer término, para don Agustín, lado sofá, y en segundo para Mateo; lámpara de gas ó de electricidad, colgada del teeho.

ESCENA PRIMERA

CRIADO solo, luego RAFAEL. Al levantarse el telón, la escena á media luz y la lámpara del centro apagada. Criado arreglando la sala.

CRIADO. Pues señor, esta noche tenemos el desbarajuste de todas las semanas. Ahora arreglarlo

todo en orden para cuando vengan esos señores! Vamos, que estoy cansado de esta vida de criado. (Pensativo.) Mas pensando en otra cosa: ¿para qué querrá Rafael que esconda en esa (Señalando la puerta derecha primer término.) habitación á una mujer y una niña que él traerá dentro de poco? (Encogiéndose de hombros.) No lo sé, pero él se las arreglará, qne por mi parte ya he cumplido su deseo. Ya tiene la habitación á punto y la llave en mi bolsillo, y á mí esperándole que llegue. Lo restante á mí no me interesa. (Vuélvese al sentir ruido. Entra Rafael por el foro mirando á todas partes y dirigiéndose al criado, que al verle sale á su encuentro.)

RAFAEL. (Hablando bajo.) ¿Lo tienes todo arreglado y á punto, como te dije?

CRIADO. Sí. (Señalándola.) Ahí tienes la habitación y aquí (Mostrándosela.) la llave, y te aseguro, bajo palabra de amigo, que nadie la molestará en lo más mínimo esta noche.

RAFAEL. ¡Bien! Estoy completamente complacido de tus servicios. Sólo te ruego que esperes un momento, mientras voy á buscar á madre é hija, que están en la calle, esperándome con nuestros amigos. (Váse puerta central foro.)

CRIADO. (Reflexionando.) Me parece á mí, no sé por qué, que esta noche habrá aquí jaleo. Me lo está diciendo el corazón. (Vuélvese al ruido.)

ESCENA SEGUNDA

El mismo RAFAEL, MARIA, DOLORCITA y MATEO, por el foro. Mateo completamente disfrazado con patillas largas; María y Dolorcita, vestidas de luto; Rafael y Mateo, de frac.

RAFAEL. (Con precipitación.) Pronto; allí es la habitación. (Señalando.) Entrad enseguida, hermana mía.

MARIA. (Dirigiéndose hacia ella con horror.) ¡Yo en casa de ese hombre!

MATEO. Es preciso, María; no hay otro camino más seguro para nuestro triunfo.

RAFAEL. Hay que jugar el todo por el todo. Vamos que no hay tiempo que perder. (El criado abre la puerta.)

MARIA. (Decidida.) Vamos, hija mía, entremos. (Entran. Rafael cierra y se guarda la llave.)

RAFAEL. (A Mateo.) Esto ya está. Ahora nosotros. (Al criado.) No te apartes ni un momento de este salón, hasta que nos veas entrar á nosotros en él, sabes?

CRIADO. Sí.

RAFAEL. Nosotros estaremos en el salón principal; si algo ocurriera de novedad, avisa al momento. (Vánse Rafael y Mateo.)

CRIADO. (Solo.) Fácil me es el servirlos como ellos desean. Casualmente no tengo que moverme de aquí en toda la noche. (Escuchando.) ¡Mas... parece que ya hay bastante movimiento por fuera. Pronto entrarán por aquí. Encendamos las luces. (Las enciende.) Ya está. Ahora dejemos esto en esa habitación abandonada. (Se acerca á la puerta, arroja el plumero, quítase la americana y la tira también, y aparenta descolgar de dentro de la habitación la librea y se la pone. Dirígese á la puerta de entrada, mirando hacia fuera.) Allí están Rafael y su acompañante, hablando con don Agustín y otros señores, más tranquilos que Gerineldo. (Fijándose con curiosidad.) Mas parece que se disputan con gran calor entre varios señores y don Agustín ¿Qué veo? Don Agustín les señala este sitio... y todos parecen dispuestos á dirigirse hacia aquí. No hay duda, aquí vienen. Retirémonos á un lado y que pasen los personajes. (Retírase á la derecha, sostiene el tapiz y empiezan á entrar señores.)

ESCENA TERCERA

El mismo y grupos de caballeros, Don AGUSTIN, Don LEOPOLDO, el GENERAL y detrás MATEO y RAFAEL.

AGUSTIN. (Con calor, entrando.) No estoy conforme con lo que ustedes me exponen. (Parándose.) Serán todo lo aceptable que se quiera, pero yo por mi parte no lo apruebo. (Rafael al entrar hace señas al criado sin que lo noten. Todos se dirigen hacia el sofá.) Tomen ustedes asiento. Siempre estarán mejor y más á gusto que en el salón. (Dirigiéndose al general.) Mi general: Aquí estará usted mejor y más cómodo. (Señalando el sofá.) Don Leopoldo se sentará á su lado. (A los demás.) Caballeros; dígnense tomar asiento á nuestro alrededor: pues la batalla será reñida y de fuego graneado. (Todos se sientan en forma de corro al lado del velador; don Agustín al lado del sofá en primer término, y Mateo al mismo lado en segundo término. Rafael al lado de Mateo detras del sofá, de pie; los demás haciendo corro.) No hay otro sitio más adecuado en la casa que este para seguir nuestra interrumpida discusión, y fumándonos un cigarro, verán ustedes como concordamos más en nuestros criterios diferentes. (Toca el timbre, se acerca el criado, saludando. Con orgullo.) ¡Ci-

garros! (El criado dirigese á la consola, coge la caja de cigarros, dejándola sobre el velador y se retira con reverencia. Don Agustín ofrece cigarros, que aceptan todos menos Mateo y Rafael.)

MATEO. Se lo agradezco, pero no acostumbro.

AGUSTIN. (A Rafael.) A usted no le ofrezco porque ya sé que no le gusta. (Encienden los cigarros. Arrellanándose en el sillón.) A ja já. Ya nos encontramos dispuestos para la lucha... (Mateo y Rafael se miran.) Por lo tanto recuerdo que V. E. me decía hace un momento en el salón, (A don Leopoldo.) que era preciso dar ciertas libertades á lo obreros, pues de esta forma se evitaba el que acudieran á ciertos extremos peligrosos, ¿no es esto? (Don Leopoldo hace signos afirmativos.) Pues siento ser de diferente modo de apreciar las cosas, que V. E., porque yo opino al contrario; pues creo que sería muchísimo mejor y daría excelentes resultados, el no darles ninguna clase de libertad, y sí tenerlos sujetos á una rigurosa y severa ley de castigo, para que de esta forma no se atrevieran, como lo hacen, en reuniones, á infamar groseramente á nuestra clase, la cual es digna de que se la considere y respete como se merece. (Varios aprueban.)

LEOPOLDO. No pongo duda alguna en ello; tanto es así, que estoy dispuesto á hacer respetar á cada uno el sitio de la parte contraria, como se merece, pero á todos por un igual, siempre que no se salgan de lo que permite la ley; pues considero los mismos derechos para ser atendidos en sus demandas, si son justas, á los altos como á los bajos. Esto le decía á usted antes y esto le repito ahora.

AGUSTIN. (Desconcertado.) Pero es que V. E. no sabe las palabras que se dicen en esos sitios. Es denigrante y bochornoso el permitirlo. (Volviéndose á Rafael.) Aquí tenemos un periodista que suele estar presente en dichos actos, y habrá oído más de una vez las palabras calumniosas que allí se pronuncian en contra nuestra, sin recibir castigo como se merecen, esos desarrapados y mal nacidos.

RAFAEL. (Con ironía al verse aludido.) Verdaderamente, en esos sitios se habla de todo y se sacan á relucir ciertas historias, las unas buenas y las otras malas según el criterio de cada uno; pero hay que reconocer que está la razón de parte de ellos, y sin embargo de esto, hablan y obran más pronto bien que mal.

AGUSTIN. (Iracundo, mirando á Rafael.) Sólo esto faltaba! que usted viniera á defenderlos aquí! Ustedes los periodistas no sé cómo son, ni los puedo entender nunca.

RAFAEL. Pues fáciles somos de comprender los que somos verdaderos periodistas; lo que vemos lo decimos tal y como lo presenciamos. Si es bueno lo aplaudimos y si es malo lo criticamos; pero al mismo tiempo procuramos buscar el medio de que se arregle lo que está mal arreglado.

AGUSTIN. (Enfadado.) En fin, está visto. Vamos á la bancarrota. España siempre será la misma! revolucionaria é indómita, y los hombres que la dirigen faltos de valor y energías para reprimir con mano fuerte los abusos de esas clases de mendigos desagradecidos! (A Mateo·) De seguro que no pasarán estas cosas en América, verdad don Alvaro? (Este es el nombre supuesto de Mateo,)

MATEO. (Conteniéndose.) Yo le diré. Allí, como aquí, pasan cosas grandes y sobre naturales por culpa de ciertos hombres. (Don Agustín le mira. En este momento anuncia el criado á don Florencio.)

CRIADO. ¿Don Florencio?... (Vuévense todos y Mateo calla y mira al que entra.)

ESCENA ULTIMA

Dichos y Don FLORENCIO.

AGUSTIN. (Saliendo al encuentro; con agasajo.) ¡Tanto bueno por mí casa! ¿A qué debemos la dicha, queridísimo don Florencio?

MATEO. (A Rafael señalando á Florencio.) (Este fué el que me mandó á presidio).

FLORENCIO El gusto de visitarle por una parte, y unos asuntos que tengo que tratar urgentemente, si ustedes me lo permiten, con don Leopoldo.

AGUSTIN. Ya lo creo. (Afablemente.) No faltaba más! Ustedes son los dueños de esta casa.

LEOPOLDO. (Levantándose.) Con el permiso de ustedes... (Todos asienten. Se retira con don Florencio á la parte contraria, hablando en voz baja y con calor; don Agustín los sigue con la vista; Los demás aparentan hablar unos con otros.)

(Sin dar crédito.) Pero ¿es cierto lo que usted dice, don Florencio?

FLORENCIO Tome usted; entérese y juzgará. (Dándole un papel, que don Leopoldo lee precipitadamente.)

LEOPOLDO. No hay duda. ¿Y dice usted que los tiene to-

dos en su poder?

FLORENCIO Sí señor; solamente me faltan los dos jefes, y los tengo en las manos.

LEOPOLDO. ¿Acaso sabe usted quiénes son

FLORENCIO Sí señor; el uno es don Agustín y el otro don Octavio.

LEOPOLDO. ¿Qué dice usted? (con estupor.) Imposible!

FLORENCIO Tengo las pruebas en mi poder de lo que le digo, y abajo tengo á los agentes rodeando esta casa, para que no se escape ninguno de los dos. (Mateo y Rafael cruzan miradas de inteligencia.)

AGUSTIN. (Aparte y con temor.) Parece que están hablando de mí. ¿Qué será?

LEOPOLDO. (Reflexionando.) (Bien! disimulemos hasta última hora. Venga usted á sentarse en la reunión.) (A todos, acercándose.) Gracias por la amabilidad. (A Mateo.) Dispénsenos usted en particular, caballero, que con nuestra conferencia imprevista le hayamos cortado la palabra. (Se sientan.) Puede usted seguir caballero.

MATEO. Como decía á ustedes anteriormente, en América vienen resultando estos asuntos de clases: poco más ó menos como sucede en España, pues allí, lo mismo que aquí, hay seres perversos que sólo piensan en el modo de hacerse ricos, explotando la sangre y vida de los demás en provecho propio, tanto en empresas legales como en las ilegales; pues para esos seres todas les parecen aceptables, con tal de conseguir su propósito... (Pausa. Don Agustín demuestra intranquilidad.) Como en todas las cosas del mundo, hay muchos de estos seres que en la mitad de su camino ó carrera van á parar á un presidio· (Mirando á don Agustín.) Pero otros, con más suerte ó habilidad en sus manejos (Don Leopoldo y don Florencio se miran con inteligencia.) para despistar hasta á la misma justicia, procuran introducirse en toda clase de hermandades y espectáculos religiosos, para de esta forma darse á conocer á la sociedad como unos santos varones, para poder con mayor facilidad é impunemente satisfacer sus instintos sanguinarios y rastreros.

AGUSTIN. (Interrumpiéndole impaciente.) Usted se sale del asunto que tratábamos, caballero.

MATEO. (Con afabilidad.) No señor, nada de eso; es que he hecho un poco de historia para entrar de lleno en el asunto y dar mi opinión según la considero. (con ironía.) ¿Puedo seguir?

AGUSTIN. (Con aspereza.) Puede usted hacerlo sino molesta á los señores.

LEOPOLDO. Puede usted seguir, caballero, que escuchamos con gusto su peroración.

MATEO. Pues con el permiso de ustedes sigo mis apreciaciones interrumpidas Por causa de estos perturbadores del orden social, existen las malas acciones y la vil explotación que sufre en todas partes del mundo el honrado y laborioso obrero. (Pausa.) Como es tanta la explotación que sufren, se ven obligados á acudir á los casos presentes para protestar y hacer patente su indignación. (A don Agustín.) Así como usted hace un momento decía, dándonos su opinión, de que se debían castigar con mano fuerte á esos mendigos desarrapados, yo opino muy al contrario de usted, y creo que se les debe atender en sus justas peticiones y darles mucha más libertad de la que tienen, para que de esta forma puedan ellos, con tranquilidad y sano criterio, estudiar sus obligaciones y necesidades, y exponerlas á aquellos que están en el deber de procurar implantarlas, porque son justas sus peticiones y les guía la razón, el derecho y la verdad. Esta es mi opinión y así la expongo.

AGUSTIN. (Con defachatez.) Buenos estaríamos si tal cosa se hiciera y sus teorías se tomasen en consideración! .. Ni á la calle se podría salir; yo se lo aseguro á usted.

MATEO. No sé por qué.

AGUSTIN. Porque hoy, no habiendo esa libertad que usted quiere para los obreros, se presencian mil casos de desobediencia y poco respeto á los amos; ¿qué sería si esa libertad existiera?

MATEO. (Con sencillez.) Pues se acabarían tales desmanes, hijos de la misma desesperación que sufren y los malos tratos que les dan sus opresores.

AGUSTIN. Eso lo dirá usted, pero no es así. Los amos los tratan mejor que ellos se merecen.

MATEO. Para demostrarle á usted lo contrario, voy á referirle una historia, que según creo ocurrió en esta capital á un pobre obrero que ya ha muerto, según noticias que tengo. (A todos.) Es interesante y digna de escucharse. (Pausa. Todos se disponen á oir. Rafael, disimuladamente se acerca al criado, le habla precipitadamente, le entrega la llave y vuelve á su sitio. El criado se dirige al cuarto donde está María y lo abre sin hacer ruido, colocándose delante de la puerta.) En uno de mis muchos viajes que acostumbro á

hacer para mis estudios sociales de la humanidad, tuve la idea de visitar los penales penitenciarios, y entre ellos visité el de Ceuta, y (Don Agustín se extremece y todos lo notan.) allí supe la historia que voy á contarles.

AGUSTIN. (Levantándose precipitadamente.) Si les parece á ustedes, otro día nos la contará. Vamos á ver lo que pasa por el salón (Todos siguen sentados.)

MATEO. (Ofuscado aparentemente.) Parece que usted se ha propuesto interrumpirme.

AGUSTIN. (Con hipocresía, sentándose.) No lo crea usted, todo lo contrario. Puede contarnos la historia, que todos la escucharemos con agrado.

MATEO. Sí que se la contaré á ustedes, porque es interesante en este caso... (Pausa.) Siguiendo mi interrumpida historia, había en dicho presidio un penado, que por su comportamiento se le distinguía y apreciaba por todos, tanto jefes como penados. Tuve ocasión, por casualidad, de verle, y me impresionó de tal manera, que me entró curiosidad por saber su delito, para lo cual pedí permiso al director de dicho penal, y me fué concedido mi deseo, reuniéndonos en el mismo despacho del Director los tres, y allá supe lo siguiente: (Pausa.) Había en esta capital hace bastantes años una fábrica de joyería, (Don Agustín se sobresalta y don Florencio escucha con mucho interés.) donde trabajaba ese desgraciado, querido y apreciado por sus compañeros por su laboriosidad é inteligencia en el trabajo, mas el comportamiento que observaba con ellos, y su digna madre, pobre anciana enferma, y que ese infeliz cuidaba de noche después del trabajo. (Mirando á don Agustín.) Pero ¿qué le pasa, don Agustín? Se siente usted malo? (Todos se fijan en él, que procura serenarse.)

AGUSTIN. No es nada; es que pongo tanto interés en lo que cuenta usted!..

MATEO. En esa fábrica había una muchacha, casi una niña, muy linda y hermosa, en la cual el amo de dicha fábrica fijó sus ojos con intención insana, empezando á favorecerla con atenciones y dádivas, de tal modo, que al obrero le llamó la atención, y conociendo al amo á fondo por los muchos años que llevaba en la casa, empezó á seguirle los pasos y tuvo la certeza de lo que se proponía aquel infame con la niña. (Don Agustín se ahoga; todos le observan. Mateo le dice:) Parece que se impresiona usted demasiado. ¿Acaso conoce la historia?...

AGUSTIN. (Sin premeditar lo que dice.) No señor, la desconozco por completo. Es que hace tanto calor...

MATEO. (Con ironía.) Que abran un poco el balcón y respirará usted con más libertad. (Pausa.) Sigo mi historia. Desde el momento de tener la certeza ese obrero, de la intención que llevaba el amo con aquella niña, empezó á deshacer uno por uno todos los planes que este tramaba para conseguir sus deseos, hasta que llegó un día, como tenía que suceder, que se descubrió el juego del uno y del otro, y desde este momento, el amo sólo pensó en deshacerse de aquel obrero que le estorbaba para sus planes. (Pausa. Don Florencio no pierde de vista á Agustín.) Todos los medios buscó para conseguir su intento, pero eran vanas sus maquinaciones: pues el obrero se defendía dentro de la legalidad, procurando no delinquir en nada. Mas el ¡miserable! al ver su impotencia ante un pobre obrero, ideó una infame calumnia. (Don Agustín tiembla y don Florencio hace señas á don Leopoldo, los cuales le miran sin perder un movimiento. El General se aparta un poco de don Agustín.) Para vencerlo y librarse de él, metió un paquetito de brillantes y rubíes en un bolsillo de la americana de aquel obrero mientas éste estaba almorzando fuera del taller, como era costumbre en aquella casa, declarándole más tarde ladrón! Pero no faltó quien le vió, callándose en aquel momento, por temor, pero hoy está decidido á declarar la verdad para que resplandezca la justicia y sea castigado el delincuente.

AGUSTIN. (Levantase sin poderse contener.) Eso es falso! miserable! Nadie pudo verme!

TODOS. Ah! (Rafael se va al criado.)

MATEO. (Con alegría á los demás.) Ahí lo tienen ustedes! El mismo se ha delatado! (Don Leopoldo hace una seña á don Florencio; éste sale y vuelve al momento con los guardias.)

AGUSTIN. (Con furor.) ¿Qué he hecho? Me he perdido yo mismo sin saberlo! Pero aún es tiempo. Huyamos! (Dirígese al balcón y se presenta Anselmo con un revolver.)

ANSELMO. Por esta puerta está prohibido el paso (Apuntándole.) á los que huyen. (Retrocede don Agustín.)

AGUSTIN. (Con furor abalanzándose á Mateo.) Me has perdido, pero vas á morir á mis manos, miserable! (Don Leopoldo y Anselmo le sujetan por los brazos mientras llegan los guardias. Todo rápido y con orden.)

FLORENCIO Sujetad á ese hombre. (Le agarran los guardias.)

MATEO. (Con tranquilidad.) Aún no he concluido, señores;

aquella misma noche, ese miserable, como acaba de llamarme á mí, no satisfecho con su crimen, porque así se puede calificar, cometió otros dos: el uno en la niña y el otro en la madre, que estaba enferma, y que murió de pesar al poco tiempo de sabèr la deshonra de su hija. Aquella misma noche (Don Agustín hace esfuerzos.) ese tigre sanguinario se fué á casa de la niña, haciendo ver que iba á socorrerlas y que se había adelantado al doctor, el cual llegaría de un momento á otro, entregándola una cajita de unos polvos para echarlos dentro del brasero, de orden del médico, la que contenía un narcótico que hizo perder el conocimiento á la infeliz criatura, amaneciendo en los brazos de ese miserable, el cual abusó de su inocencia. (Pausa. Todos quedan asombrados.) La niña, por temor á las amenazas de esa fiera, ocultó su deshonra á todos y siguió satisfaciendo los apetitos de él hasta el momento de llegar á ser madre. (Pausa.) Entonces?... Esa víbora de la sociedad abandonó por completo á la niña y al fruto de su crimen, permitiendo que todo el mundo apostrofara á la infeliz criatura, que noble y digna, lo que no es él, no quiso abandonar las pruebas de su deshonra.

LEOPOLDO. ¿Cómo es que está usted tan enterado de lo que le pasó á esa desgraciada?

MATEO. Viniendo expresamente á esta capital á buscarla, la encontré, y ella misma me lo refirió todo.

LEOPOLDO. Está bien, pero no basta que usted lo diga; son necesarias pruebas.

MATEO. (Con arrogancia.) Pruebas quiere usted? Las tengo: por parte del presidario, él mismo ha confesado su delito, y por parte de la niña, allí la tienen. (Señalando.) Ella lo certificará! (Todos se vuelven y ven á María; la niña y Rafael á su lado.)

AGUSTIN. (Furioso al ver á María.) Maldición! Estoy perdido por completo! (Con resolución.) Mas no conseguiréis verme en presidio, si ese es vuestro deseo. Antes la muerte! (Hace un esfuerzo supremo y se desprende de los guardias; saca un revolver del bolsillo y se dispara un tiro, cayendo muerto. Todo esto, rápido. En el momento de sonar la detonación, María y la niña se abrazan á Rafael.)

MATEO. (A don Leopoldo.) ¿Quiere V. E. más pruebas?

LEOPOLDO. Bastan! (Entran en tropel los demás compañeros, dispuestos á todo, y otros convidados á la puerta.)

MATEO. (Señalando el cadáver.) Mirad!... El mismo se ha castigado su delito quitándose la vida!

FLORENCIO Pero usted quién és! Es usted quien figura ser, ó es...

MATEO. (Con resolución.) Sí, yo soy el que usted iba á nombrar. (Con arrogancia.) Yo soy Mateo, el penado señalado con el número 14 en Ceuta. Usted me envió á presidio inocentemente, porque las pruebas me delataban. Hoy, que sabe mi inocencia palpablemente, espero mi rehabilitación de aquel injusto castigo.

LEOPOLDO. (Tendiéndole la mano.) Será usted atendido, hombre insigne y desgraciado; mientras tanto estreche mi mano, que no manchará la suya, pura como la blanca nieve. (Se la estrecha.)

GENERAL. Venga usted á mis brazos, que es muy digno de que le estreche en ellos.

MATEO. (Cogiendo á María de la mano.) María, mujer sublime, tú que has sabido cumplir tu deber de madre y has llevado con orgullo y dignidad tu desgracia. Ven á mis brazos, hija mía, que yo te levantaré del cieno en que ese canalla te arrojó... Levanta desde hoy esa cabeza con orgullo, que ninguno, hijo del trabajo, debe humillar. Mira frente á frente á todo el mundo, que pronto tu hija tendrá un padre y tú un esposo social que lavará tu honra pisoteada por ese malvado y su complice la sociedad!

(Abrázanse Mateo, María y la niña, en grupo, él enmedio. Rafael y Anselmo, uno á cada lado, mirándolos; los demás, señalándolos con admiración.)

FIN DEL DRAMA


J. ORTEGA
IMPRESOR
Sn. PABLO · 96